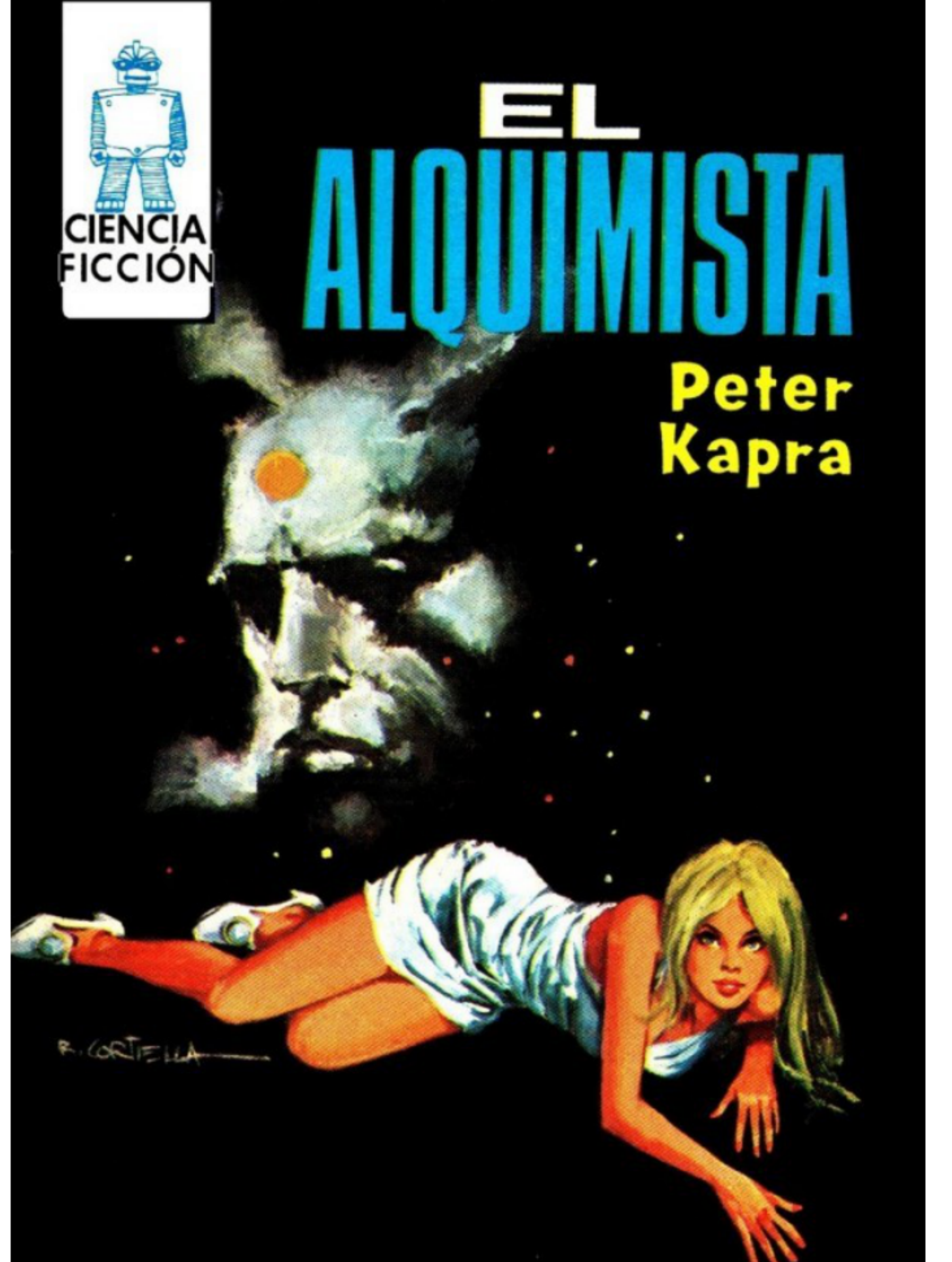

CIENCIA
FICCIÓN
EL
ALQUIMISTA
Peter
Kapra
R. CORTIELLA

EL ALQUIMISTA

PETER KAPRA

EL ALQUIMISTA

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 **Dr. Julián**
Álvarez, 151
BARCELONA **BUENOS AIRES**



Primera edición, octubre 1972

Depósito legal: B. 38.880-1972

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

«De todas las ciencias cultivadas en la edad Media, ninguna conoció más favor ni más honor que la alquimia.»

(Las moradas filosofales, FULCANELLI.)

Capítulo Primero

El mundo agitado y convulso había sobrepasado ya la primera década del aciago e infausto siglo XXI; los problemas humanos, latentes y patentes, desde la diáspora prehelénica, habían aumentado, y el hombre, como fuerza individual, era un francotirador oculto entre la muchedumbre.

¿Dónde habían ido a parar las promesas de los demagogos? ¿Y las filosofías revolucionarias que tanta sangre derramaran en el turbulento siglo anterior? ¿En qué se había convertido la ONU? ¿Qué fue de los tratados y convenios internacionales? ¿Y el espíritu de los Derechos del Hombre?

El huracán de los egoísmos más despiadados, fruto de seculares injusticias, atrocidades dogmáticas, aberraciones dialécticas y políticas, lo había arrastrado todo, llevándolo al cielo de las pasiones, a la codicia suprema, al desprecio absoluto del débil y desvalido. Hospitales y universidades eran focos de adoración al dios Oro, o a sus sicarios, los créditos. La ley se compraba y se vendía como un artículo de consumo, y sólo la rudeza y la violencia podía imponerla. El expolio, la estafa, el robo y hasta el asesinato hallaba, si no abierta y declarada aceptación, sí tolerancia, justificación hasta indiferencia, en caso de recaer sobre los demás. En uno mismo despertaban estos actos insólitas reacciones: el tímido o apocado lo aceptaba con estoicismo; el audaz y valiente se enfrentaba y luchaba. La mayoría, sin embargo, optaba por recuperar lo perdido engañando y robando a un tercero. Existía una refinada «ley de la selva», un caos perfectamente organizado, una depredación continua y una anulación total de los valores humanos.

La caridad, posiblemente por tanto abuso anterior, era repudiada por infamante. Ser justo, bondadoso y crédulo era un atraso, una rémora o una imbecilidad. Ni los hijos amaban filialmente a sus padres, ni éstos trataban de mostrarse paternales.

Pero se vivía el siglo dorado del progreso. Se levantaban ciudades submarinas, palacios en las cimas de las montañas lunares, se exploraba Marte y Venus, de donde habían traído diamantes y esmeraldas como cráneos humanos.

Era la época de la navegación aeroespacial, de la biónica, de los ordenadores psiónicos, de la robótica, ¡y del hambre masiva y multitudinaria! Pueblos enteros de la Tierra sucumbían en el desenfreno del crecimiento y el desarrollo, por no tener lo más elemental para subsistir. Países de Asia, África e incluso Europa, en donde la minoría privilegiada gozaba de los más increíbles y refinados placeres, mientras que, a pocas millas, en los aledaños de las grandes y modernas urbes metálicas, los cadáveres se descomponían al sol, porque nadie se ocupaba de recogerlos y llevarlos al incinerador público, especie de vasto horno eléctrico, accionado por energía atómica, donde se convertían en cenizas miles de toneladas de basura.

Ferrocarriles subterráneos intercontinentales, privados y costosos depuradores de agua y aire, edificios-colmena para empleados y obreros técnicos de las grandes y poderosas empresas industriales y comerciales, aerobuses, ciudades de recreo, profusamente vigiladas por policías particulares, oro en monedas para pagarlo todo al contado riguroso, prensa publicitaria, ciencia bastarda… ¡Oh, pobre, doliente y mísero mundo! ¿Dónde te llevó el progreso desordenado?

Tal podía ser el cuadro de una sociedad del siglo futuro, exagerado adrede, para poder presentar y comparar todo aquello con el pequeño mundo de un hombre que vivía lejos de las grandes urbes, dedicado a la paciente y sublime tarea de transmutar los metales.

¿Un alquimista en el siglo XXI? ¿Qué buscaba, sereno y tranquilo, el discípulo de Hermes, que habitaba en los sótanos de un antiguo monasterio, en la región catalana de Manlleu, próxima a Vich, viviendo en compañía de un viejo payés, llamado «Noi» Serra, el cual cuidaba un trozo de tierra que les facilitaba el sustento a los dos?

Rama Phoebi, el extranjero, el filósofo contemplativo, el discípulo de la cébala, el seguidor del esoterismo milenario y buscador de la Gran Obra, buscábase a sí mismo en el fondo de sus matraces, retortas, alambiques y morteros de ágata.

Él sabía muy bien cómo obtener la piedra filosofal, porque heredó de su padre un manuscrito escrito con tinta de oro. Sólo tenía que seguir sus instrucciones, como su progenitor le ordenó antes de abandonar la «morada de los mortales».

«—No pretendas el Vellocino de Oro, Rama. El sendero es escabroso, plagado de peligros y dificultades; la vida es una vorágine rápida y breve. Las apariencias engañan siempre al que no

sabe discernir el plomo del estaño, ni la honradez del engaño.

»Los hombres saben ocultar sus pensamientos detrás de palabras lisonjeras y amables. Pero ni hechos, ni palabras, ni todo cuanto creas verdadero y bueno, puede ser la verdad.

»La verdad, hijo mío, está en uno mismo, aunque no sea fácil hallarla. Y tu deber es buscarla siempre, no para imponerla a los demás, cuya verdad puede ser distinta a la tuya, sino para conformidad y consuelo de ti mismo.

«Por esto te dejo los medios necesarios para que tú busques esa verdad. Cuando la hayas encontrado, cosa que no te será fácil, entonces podrás juzgar y obrar por ti mismo, haciendo o diciendo aquello que debas hacer o decir. Ésa es la auténtica sabiduría, hijo mío. La aprenderás por reflexión intensa. La verás como la he visto yo contemplando la Naturaleza, que es la obra perfecta de Dios. Y te sentirás orgulloso de ti, y serás feliz, y ganarás el respeto de ti mismo.»

En aquella fecha, Rama Phoebi no podía comprender bien la sabiduría que encerraban las palabras de su padre. Tenía sólo dieciséis años de edad. Pero su progenitor no le dejó únicamente el manuscrito cuyas letras habían sido trazadas con una mezcla indeleble de oro líquido. Le dejó, además, una fortuna en oro, platino y piedras preciosas, depositada en el más importante banco de los Estados Unidos.

Rama Phoebi, por tanto, no estaba expuesto a las miserias humanas ni a las necesidades físicas. Tampoco podía, por otra parte, dilapidar su fortuna, cuyos réditos le iban siendo entregados o acumulados, porque no era capaz de gastarlos.

Su padre fue previsor y cubrió los gastos de Rama sobradamente, para que pudiera dedicarse, sin dificultades, al hallazgo de la verdad.

Al principio, Rama Phoebi viajó, conoció el mundo y a los hombres. Una vez satisfecha su curiosidad humana, buscó el cobijo que ahora tenía, en aquel antiguo monasterio, donde empezó a realizar la Gran Obra, como lo hicieran los adeptos del pasado.

Al principio, Rama dedicó cinco años consecutivos al estudio. Podía haberse rodeado de un laboratorio moderno de física y química, pero lo rechazó. El método sencillo y clásico de los iniciados antiguos le convenía más. No era la piedra filosofal en sí lo que buscaba en los textos alquímicos, sino la verdad filosófica.

Las claves herméticas de Nicolás Flamel, el Buen Trevisano, El Cosmopolita, Irineo Filaleteo o Fulcanelli le atraían particularmente por su profundo y humano sentido del concepto filosófico, de la

verdad que pugnaba por surgir entre las tinieblas del pasado, como un mensaje que cuidadosos copistas y escribas habían dejado impreso para salvación de los hombres en las terribles encrucijadas de la historia.

Su padre había sido adepto, hermano iniciador oriental, hombre docto y con conocimientos extraordinarios, que no podía transmitir a su hijo, pero sí anhelaba que él los aprendiera por sí mismo.

Y esto hizo Rama.

Estudió y esperó a que la luz le hiciera comprender.

En la paciente espera, «Noi» Serra, el viejo payés, le atendía, le cuidaba como a un hijo, porque en el corazón de aquel hombre ignorante e inocente, labrador honrado y noble, sólo cabía el amor.

«Noi» Serra había vivido siempre junto al viejo monasterio. Allí se casó, allí murió su esposa y sus hijos. Empezó solo y terminó solo. Por esto, cuando apareció Rama y le habló en una lengua que no comprendía, tuvo la impresión de que alguien acudía desde otro universo a compartir su soledad.

Ahora, pasados los años, «Noi» Serra y Rama Phoebi habían llegado a entenderse, a conversar mientras paseaban entre las viejas piedras de los claustros, o por la huerta oculta en la vaguada, donde jamás se acercaba nadie, porque la soledad era sinónimo de peligro.

Los años pasaron aprisa. Rama Phoebi y «Noi» llevaban juntos veinte años. Nunca tuvieron sobresaltos ni inquietudes. En todo aquel tiempo no recibieron más allá de diez visitas. Sólo salieron un par o tres de veces por año. Necesitaban caminar tres horas para llegar a Manlleu y cinco para ir a Vich.

Rama fue más lejos en una ocasión. Llegó hasta Barcelona y regresó con numerosos objetos extraños. También trajo dinero, regalos para «Noi», herramientas, ¡muchas cosas!

Parecía que la vida se había detenido para ambos. Y, sin embargo, el tiempo iba pasando, y lejos de ellos, la existencia se complicaba, se retorcía, se hacía asfixiante, penosa, cruel y condenable.

Un día, «Noi» Serra se puso enfermo y no se levantó del lecho. Rama fue a verle y le encontró agotado y febril.

—¿Qué te ocurre, viejo amigo? —le preguntó, acercándose a su lecho.

Rama Phoebi era entonces un hombre joven, de treinta años, delgado, moreno, de ojos grandes, oscuros e inteligentes, que vestía una camisa a cuadros y unos pantalones de hilo. Su cabello también era largo, brillante, propio de la raza hindú, a la que pertenecía.

«Noi» no respondió, por lo que Rama insistió, en la lengua

vernácula del otro.

—Qué et passa? Et trabes maíament?

—No, no és res, xiquet. He agafat una mica de fred.

Rama tocó la frente de «Noi» y sonrió. Luego abandonó la estancia, para regresar diez minutos después con un vaso que contenía un líquido ambarino.

—Tómate esto, «Noi». Pronto te sentirás bien.

El enfermo lo tomó.

Al día siguiente se encontró mejor que nunca había estado en su vida. Se sintió rejuvenecido, alegre, ágil, animoso y trabajador.

—¿Qué me diste, Rama? Me siento como nuevo. Jamás me había encontrado así —dijo al joven durante la comida que tomaban juntos en una celda restaurada.

—Una medicina, «Noi». ¿No son las medicinas para curar? —replicó Rama, sonriendo—. Estabas enfermo y tenía que curarte.

—¿Eres médico?

—Quiero serlo, «Noi» —replicó Rama—. Deseo curar el cuerpo y el alma de los hombres.

—Eso está muy bien. Pero ¿a quién vas a curar

aquí?

—No siempre estaré aquí. Alguna vez, cuando haya terminado mi obra, saldré de nuevo al mundo.

—¿A curar a la gente?

—Sí, ése es mi propósito.

El viejo labrador suspiró y musitó:

—Sí, tú también te irás. Pero no importa. Yo ya soy viejo y me queda poco tiempo. Algún día me moriré y entonces...

Rama Phoebi dijo entonces unas palabras misteriosas :

—Si te asusta la muerte, «Noi», espera a que haya culminado mi trabajo. Yo alargaré tu vida tanto tiempo como quieras.

El viejo sonrió sin comprender lo que tomó por una broma de su compañero, y terminó de comer en silencio.

En su ignorancia, ni siquiera sabía que el sótano del monasterio, donde estaba siempre encendido el fuego de carbón, se fraguaba algo sumamente precioso. «Noi» Serra bajaba muchas veces al laboratorio del alquimista, pero jamás había despegado los labios ni preguntado para qué servía esto o aquello. Miraba, se encogía de hombros y creía que todo formaba parte de los estudios de Rama.

Muchas veces, Rama estaba inquieto y preocupado. «Noi» Serra le miraba, sin despegar los labios o movía su cabeza de cabellos blancos, como diciendo: «No t’amoinis, xiquet.»

* * *

Transcurrieron otros veinte años. Y la espera terminó al fin.

Un día, Rama Phoebi, que ya había cumplido los cuarenta años, subió del sótano con un frasco de cristal en la mano, corrió hacia el huerto, donde estaba «Noi» cavando la tierra con el viejo azadón, y exclamó:

—¡Ya lo tengo, «Noi»! ¡Aquí está!

El viejo enderezó su cansada espalda y miró a Rama.

—¿Qué es eso?

—La panacea universal, «Noi».

—¿Eh? Nunca había oído esa palabra... ¿No parece sangre?

—Es el elixir maravilloso, la piedra filosofal, la Gran Obra... ¡Ya soy un Adepto, un Iniciado, como lo fue mi padre!

Era tal la alegría de Rama Phoebi que se la contagió al viejo campesino.

—Pues si esto es lo que has buscado tanto tiempo, debemos celebrarlo. ¿Qué te parece si abrimos una botella de champaña en la comida?

—Amigo mío, ya no necesitamos comer nunca más — declaró Rama solemnemente.

—¿Qué dices? ¿Estás loco?

—No, ni beber. Y si mucho me apuras, ni respirar tampoco.

«Noi» Serra abrió su desdentada boca, lleno de asombro.

—¿Es magia?

—¡Magia universal, «Noi»! ¡Y para celebrarlo, debíamos arrodillarnos y dar gracias al Altísimo por habernos concedido este maravilloso don que tanto bien puede hacer a los hombres!

Efectivamente, con el frasco en las manos, Rama se arrodilló sobre la tierra removida y alzó sus ojos al cielo, musitando una plegaria en su lengua materna. Ante el recogimiento y la unción de aquel gesto humilde, «Noi» Serra se arrodilló también.

Así estuvieron un largo rato, bajo el sol, mientras en el frasco que tenía Rama, el líquido rojo iba cristalizando hasta convertirse en un polvo granate, finísimo, con irisaciones refulgentes.

Al terminar su plegaria, Rama se puso en píe y abrazó a «Noi», preguntándole:

—¿Cuántos años quieres vivir, amigo mío?

—Los que me correspondan, «xiquet». Yo no aspiro más que a vivir y morir en paz.

—Tienes que venir conmigo a recorrer el mundo, «Noi». La Humanidad ha de beneficiarse de esto. Yo sé que he sido elegido para aliviar las condiciones de vida de los hombres. Soy portador del mensaje cósmico.

«Noi» sacudió negativamente la cabeza.

—No, no... Vete tú donde quieras. Rama. Yo me quedaré aquí. Éste ha sido mi mundo y no lo abandonaré. Me ahogaría fuera de aquí. ¿Me comprendes, «xiquet»? Tú eres joven, pero yo...

—Aquí tengo el remedio mágico para aliviar las miserias de los hombres, «Noi». Mi padre me legó las fórmulas, pero quiso que yo interpretara el verdadero sentido de esta maravillosa posesión. Este elixir no puede estar en manos de cualquiera. Lo ha de administrar quien sepa cuál es el sentido de la vida, su unión y vínculo con la naturaleza y con Dios.

»Yo he tenido que aprender esto junto con las fuentes del saber supremo, y la verdad me ha sido revelada, al fin, porque estoy en condiciones de hacer buen uso de todo ello. ¿Me comprendes, "Noi"?

—No — contestó sencillamente el campesino. Sonrió y añadió —: Pero tengo confianza en ti. Sé que has estudiado mucho y debes ser el hombre más sabio de este mundo. Si tienes que irte, yo me quedaré a cuidar de tus cosas. Volverás de vez en cuando, ¿verdad?

—Sí, «Noi», claro que volveré.

—¿Y si me encuentro mal y... bueno, no puedo esperarte? — preguntó el labrador, tras un titubeo.

—Yo lo sabré, «Noi». Y acudiré a tu lado inmediatamente. No te preocupes.

Aquel día, Rama Phoebi hizo una demostración para «Noi», en una probeta de ensayos, donde había fundido algunas piezas de plomo viejo.

—Esta es la prueba de mi iniciación, «Noi». Ahora verás lo que ocurre.

Diciendo esto, Rama introdujo una ínfima parte de sus cristales granates en una bolita de cera y la dejó caer sobre el plomo fundido.

Se produjo al poco rato un burbujeo, que cubrió el metal, y cuando cesó éste, en la probeta había un líquido áureo que Rama enfrió en la pila del agua.

—¿Sabes qué es esto, «Noi»? —preguntó Rama Phoebi, mostrando el metal amarillo, ya solidificado.

—No lo he visto nunca. ¿Qué es?

—Oro.

—¿Oro?

—Acabas de presenciar una transmutación de metales. He convertido una libra de plomo en poco más de una libra de oro.

—¡Eso no es posible, «xiquet»!

Rama sonrió y dijo:

— Eso mismo ha dicho mucha gente antes que tú. Pero gran parte del oro que existe en las joyerías del mundo ha sido fabricado de modo análogo a éste… ¡Es una de las propiedades de la piedra filosofal, y no la más importante!

Capítulo II

Había varios vehículos de la fuerza pública bloqueando la Avenida Central. En el aire, el helicoplano de la policía arrojaba cápsulas de gas letárgico contra los acorralados manifestantes.

Era una clásica «razzia» de las fuerzas del orden contra los grupos de descontentos que pretendían despertar las dormidas conciencias de sus conciudadanos, gritando contra el hambre, la miseria y la injusticia social.

Ne era nada nuevo. Las clases menos favorecidas llevaban varios siglos tratando, por medio de huelgas, motines, plantes y subversiones, conseguir mejoras y condiciones de vida tolerables. Todo había sido inútil. La apariencia de ley debía mantenerse y los gobiernos de todos los países, dirigidos por los consejos de administración de las grandes empresas industriales o comerciales, debían actuar para sofocar las protestas.

Los gases letárgicos solían dejar las calles alfombradas de cuerpos insensibles. Los camiones de la policía avanzaban entonces, y los agentes, provistos de máscaras antigases, se limitaban a recoger a los «dormidos», para conducirlos luego a campos de internamiento, que eran una versión bastante más completa y práctica que los antiguos campos de concentración.

En medio de las explosiones de gas, cubriéndose la nariz y la boca con un pañuelo, una mujer joven, de grandes ojos, cabello corto y rubio, cuerpo esbelto y falda de fibra metálica, muy corta, corrió hacia la entrada del «Shaphor Hotel», cuyas puertas fueron destruidas por los alocados manifestantes, que huían del gas.

Los empleados del edificio habían cerrado la entrada, al producirse el alboroto. Era la norma. Pero los jóvenes manifestantes, sabiendo que el «Shaphor» ocupaba una gran extensión y tenía salida a otra calle, lo asaltaron, rompiendo puertas y cristales, e invadiéndolo.

La joven imitó a los manifestantes, pero en vez de dirigirse hacia los pasillos interiores del hotel, tal vez temiendo que la policía estuviera esperándole en la salida opuesta, tomó una escalera de servicio y subió a los pisos superiores. Poco antes, blandiendo una

pancarta en el centro de la Avenida Central, Laura Boix había visto mucha gente asomada a las ventanas del hotel.

Personas de posición, viajeros internacionales, empresarios, accionistas, diplomáticos, hombres y mujeres de fama, millonarios; toda esta especie humana, contra la que ella luchaba, se daba cita en aquel famoso hotel de la antigua ciudad mediterránea, cuyo litoral se había convertido en una de las playas más famosas del mundo.

Barcelona había prolongado de norte a sur el paseo marítimo. Una impresionante obra de ingeniería submarina llevó los colectores de desagüe a diez millas mar adentro, y la playa, de fina y blanca arena, estaba protegida por palmeras, amplias calzadas, paseos, jardines y fastuosos edificios.

Centenares de grandes y modernos hoteles se alzaban en la milenaria y artística ciudad condal. Y uno de los más famosos era el «Shaphor», en una de cuyas escaleras de servicio se había refugiado Laura, huyendo del gas lanzado por el rápido helicoplano de la policía.

Reinaba mucha confusión en el hotel. Empleados, con uniformes dorados, y clientes, se confundían en pasillos y escaleras. Los ascensores habían quedado bloqueados ante la invasión de los manifestantes. Por los altavoces interiores, la gerencia daba instrucciones, suplicando calma a los huéspedes y reclamando a los empleados en la planta baja.

Laura Boix, en su veloz carrera, vio una puerta entreabierta y se introdujo en una «suite», logrando vislumbrar a un hombre, cubierto con una bata corta de color granate, asomado a una ventana.

La joven miró en torno suyo y se dirigió al cuarto de baño, encerrándose en su interior. Y fue el peor refugio que pudo encontrar, porque el huésped de la «suite» acababa de levantarse, despertado por los gritos de los manifestantes, y todavía estaba sin asearse.

Laura se había acurrucado en la bañera, detrás de la pantalla de cristal esmerilado. Allí esperaba pasar inadvertida hasta que hubiera transcurrido el alboroto exterior. Luego, saldría y volvería a su apartamiento, en la parte alta de la ciudad.

Pero, de pronto, la puerta del baño se abrió.

Laura se acurrucó y contuvo el aliento. Oyó moverse alguien detrás de la pantalla; abrieron y cerraron un armario y, de pronto una sombra se recortó en el cristal esmerilado.

Era la sombra de un hombre desnudo, que se disponía,

precisamente, a meterse en el baño ocupado por Laura. Y cuando la pantalla se descorrió, la joven lanzó un grito y cerró instintivamente los ojos.

Rama Phoebi, el ocupante de aquella «suite» de lujo, al ver a Laura en la bañera, dio un salto atrás, sorprendido, y tomó rápidamente la bata que había dejado en la horquilla plateada.

—¡Por Júpiter! —exclamó Rama, trémulo—. ¿Qué hace usted ahí metida? ¿Quién es? ¿Cómo ha entrado aquí?

Sin atreverse a despegar los párpados, Laura se apresuró a decir, mientras se incorporaba:

—¡Perdone usted! ¡No me denuncie o seré conducida al campo de internamiento! ¡Me he refugiado aquí creyendo poder escapar de la policía! ¡Vístase, se lo ruego!

—Ya estoy cubierto. Salga de ahí... ¿Formaba usted parte de esa gente que gritaba en la calle?

—Sí —dijo Laura, abriendo los ojos y volviéndolos a cerrar fugazmente. Pero convencida de que el huésped del hotel ya se había cubierto, los abrió de nuevo y adoptó expresión implorante —. Se lo ruego... ¡No me denuncie!

—Esto es una intromisión en mi alojamiento privado... Me ha sorprendido usted... Yo no esperaba encontrar a nadie ahí...

—Lo siento. Perdóneme. Me iré inmediatamente.

—Sí, es mejor... ¡Ah, deje la puerta abierta!

Ahora, Rama Phoebi y Laura Boix se miraron de pies a cabeza. Él iba despeinado, pero, a pesar de sus cuarenta años, poseía un aire juvenil muy grato.

Ella, a los ojos de Rama, era una muchacha turbadora.

—Perdón, señor. Debe usted ser comprensivo. Si salgo ahora, seré detenida. ¿No le importa que me quede un poco? No le causaré ninguna molestia.

Rama sonrió. Desde luego, pasado el sobresalto inicial, el incidente era agradable. Era la primera vez que él trataba con una representante del sexo opuesto de forma tan directa como insólita.

—¿Siempre se forman esas manifestaciones a estas horas? — preguntó Rama volviéndose hacia la puerta.

—¡Son las doce del mediodía! —exclamó Laura—. Claro que ustedes, los omnipotentes y poderosos, viven más de noche que de día. Debió asistir usted anoche a cualquiera de esas fiestas de la buena sociedad, donde se despilfarra y se malgasta de todo, mientras que en el extrarradio se muere la gente de hambre, y por eso se levanta a estas horas.

—No, se equivoca. Llegué a la ciudad pasada la media noche —

dijo Rama, al salir del cuarto de baño y dirigirse hacia la puerta de entrar, para asomarse al pasillo. Ajustó luego la puerta y se volvió, diciendo a Laura —: Hay empleados en el exterior. ¿Quiere salir?

—No... ¡Por favor, deje que me quede aquí un rato! Puedo esconderme dentro de un armario.

—No es necesario. Nadie la molestará. Pase al gabinete y tome algo. Si confía usted en mí, me asearé y me vestiré. Sepa que este lujo también es nuevo para mí. He pasado veinte años en un monasterio abandonado... Ah, permítame vestirme. No la haré esperar mucho.

—Gracias, señor...

—Me llamo Rama Phoebi, y soy de origen hindú. Nací en Calcuta. ¿Es usted de aquí?

—Sí. Me llamo Laura Boix.

Él sonrió y desapareció en el baño.

Laura, un tanto desconcertada, se dirigió hacia la ventana, en la que él había estado asomado antes, y miró hacia la Avenida Central, donde los policías estaban recogiendo cuerpos insensibles y cargándolos en los camiones.

La rabia se apoderó de la joven. Aquellos infortunados se despertarían en el depósito preventivo, donde un funcionario les haría un tatuaje en la frente, utilizando una estampilla electrónica. Y mientras estuvieran encerrados, llevarían la señal de cautivo en la piel.

Sintió deseos de asomarse a la ventana y gritar contra los agentes vestidos de negro, que trataban a hombres y mujeres como si fueran paquetes.

Todavía flotaba en el aire el humo blanco de los gases. Los agentes llevaban máscara antigás. Eran asalariados de la fuerza industrial y económica que gobernaba Europa.

La manifestación de protesta, como tantas otras en las que había intervenido Laura, había terminado. De nuevo tendrían que volver a empezar. Hablarían en los pasillos de la Universidad, en las aulas, en los patios y hasta en las salas de fiestas, donde se reunían los jóvenes los domingos.

Laura Boix llevaba la rebelión en la sangre. Seis años atrás, cuando todavía soñaba con graduarse como licenciada en. Ciencias Políticas y Económicas y cuando Jorge Nolla le hacían vibrar de entusiasmo y amor, la vida tenía un significado distinto para ella. Sus padres aún la tenían a su lado y le pasaban una asignación para sus gastos. Pero la senda de la disconformidad y la protesta la hizo apartarse de su camino fácil.

Permaneció un año encerrada. La detuvieron en un local donde se habla de derechos humanos, libre albedrío y autodeterminación. Allí había ido con Jorge y ambos fueron detenidos. Jorge era un auténtico líder, un luchador infatigable, un ingeniero que rompió su contrato con la «Emerson Inc.», filial europea, arrojando por la borda un sueldo bastante sustancioso, para luchar contra el hambre en el mundo.

Jorge Nolla pagó con su vida un intento de evasión. Su nombre no aparecía más que en folletos clandestinos que sólo los desheredados se atrevían a leer.

La lucha continuaba. Laura Boix guardó siempre fidelidad al recuerdo del hombre valiente y generoso que dio su vida por mejorar la de los demás. Aunque Laura estaba bastante desengañada, después de todo, porque muchos de aquellos famélicos que las corrientes migratorias llevaban a los alrededores de su ciudad, y que gritaban desaforadamente contra la institución social, en cuanto obtenían un empleo más o menos remunerado, abandonaban las filas de los parias y se olvidaban de todo cuanto habían dicho o hecho.

Laura y los «inconformistas» habían logrado crear un grupo numeroso, dedicados a una lucha sin objetivo, pero necesaria. Había muchos seres comprensivos que contribuían a mitigar la miseria de los desheredados, aportando cantidades en secreto, que los «Justos», los «Reformistas», los «Redentores» y otras asociaciones o sectas canalizaban como podían para mitigar, en parte muy ínfima, las necesidades de los «ghettos».

Laura tenía ya veinticinco años y luchaba sin esperanza desde los diecinueve. Vivía con seis muchachas en un reducido apartamiento de la parte alta de la ciudad. Era una especie de grupo de acción y coordinación, de la secta de los Inconformistas Euro-asiáticos, movimiento contestatario fundado a principios del siglo XXI, por el filósofo alemán Grotwald, al que lincharon las hordas hambrientas durante una prolongada huelga.

Seis años de inquietud, desasosiego, agitación y peligro habían cambiado a Laura Boix, que se había vuelto desconfiada, huraña, agresiva e introvertida. Era ella la única que, en las asambleas clandestinas, pedía armas para luchar contra la fuerza pública en igualdad de condiciones.

»—¡Carecemos de fuerza, siendo muchos más que ellos! ¡Dadme un arma y no huiré delante de los «negros» —había pedido una y otra vez—. Y si me matan, que otro de mis compañeros tome el arma y siga luchando.

Pero los asambleístas enviados por los comités europeos invariablemente solían disuadir a Laura, aplacando sus ímpetus belicosos.

— No a la rebelión armada. Los consejos de administración de las grandes empresas internacionales no lo permitirían. Los gobiernos, compuestos por vasallos de esos «trusts», darían la orden de aniquilarnos y lo harían en poco tiempo. Debemos continuar llamando a sus conciencias.

La última manifestación, fracasada como tantas otras, obedecía las mismas consignas. En el fondo, los «Inconformistas Euroasiáticos» debían querer que los parias y desempleados fueran alimentados en los campos de internamiento. En libertad, aquellos infelices se morían de hambre. Encerrados en las colonias rodeadas de alambres, al menos tenían lecho y comida.

* * *

Laura quedó boquiabierta al ver las monedas de oro y los créditos internacionales que había sobre la mesa metálica del gabinete. Retrocedió, incluso asustada. ¿Cómo la había dejado aquel hombre singular ante tanto dinero?

Se volvió y miró hacia la puerta que comunicaba con el «hall». En el baño, Rama Phoebi continuaba aseándose. ¡Y ella tenía al alcance de la mano, oro y créditos para solucionar muchos problemas!

La idea de apoderarse de todo aquello y escapar pasó fugazmente por su mente. Miles de hombres, mujeres y niños podían adquirir alimentos. Muchos, condenados a muerte por el hambre, se salvarían de la terrible sentencia.

Y casi estuvo a punto de hacerlo. El oro la deslumbró. Eran monedas europeas, brillantes, de oro, dispersas sobre la mesa, en cantidad suficiente para cubrir el sueldo de un gobernador.

¿Quién era Rama Phoebi y cómo disponía de tanto dinero?

La tentadora idea desapareció. Laura se acercó al bar automático y presionó la tecla que le sirvió un aromático café con leche. Estaba echándole el azúcar cuando apareció Rama, en la entrada, frotándose la cabellera con una toalla.

—Discúlpeme, Laura —dijo sonriente—. ¿Para qué era la manifestación?

—¿No ha visto las pancartas o no ha escuchado los gritos? Esa gente tiene hambre.

Muy gravemente, Rama se acercó a ella.

—¿Pertenece usted a alguna de las asociaciones clandestinas que

protestan contra la injusticia humana?

—Yo... —Laura se detuvo. Confesar la verdad a un desconocido que se hospedaba en el «Shaphor Hotel», suponía un tremendo error. Aquel hombre podía pertenecer a la clase privilegiada, ¡era, sin lugar a dudas, un magnate del comercio o la industria!, y, por tanto, un enemigo—. No, yo pasaba por ahí.

—No me mienta, por favor. ¿Ha visto ese dinero? Puedo dárselo todo para que ayude a los necesitados de los «ghettos».

—¿Qué dice? ¡Hay una fortuna ahí! ¿Cómo puede dejar nadie el dinero así? ¿Tan poco le cuesta ganarlo?

Rama se miró las desnudas piernas.

—Aún no estoy presentable. Tómese el café con leche. ¿Quiere comer conmigo? Escúcheme bien. Ahí tengo unos cincuenta mil créditos. Se los regalo a cambio de cierta información. Pero ha de ser sincera conmigo.

Laura sintió rebelarse en ella todo su ser. La indignación casi la ahogaba.

—¡No quiero ni escuchar...!

—No me confunda, señorita Laura. Sólo deseo hablar con usted. Le he dicho que he permanecido veinte años en la soledad de un monasterio. Estoy algo desvinculado de la sociedad. Pero soy lo suficientemente rico para pagar bien sus servicios. Honestamente, quiero decir. Yo supongo que usted formaba parte de la manifestación disuelta por la policía. Al huir se ha refugiado aquí. Yo la ayudo y, además, le doy dinero para que socorra usted a los necesitados. ¿No puede usted comer conmigo y explicarme todo cuanto necesito conocer?

Laura le escuchaba atentamente y no creía ni una palabra del otro.

—Hasta hace poco, yo vivía con seis amigas — dijo, haciendo un gran esfuerzo por serenarse—. Cualquiera de ellas que se encontrara en esta situación, se habría dejado abrazar, acariciar y todo eso, por un puñado de monedas. Son mis amigas y las conozco bien. Se creen muy íntegras, pero su fortaleza se resquebrajaría ante usted.

»Yo no soy como mis amigas... Sí, pertenezco a una “secta", como dicen los acomodados. Soy “Inconformista" por convicción. Y, en parte, soy responsable de que doscientos o trescientos hermanos de hambre vayan a un campo de internamiento.

»¡Y lo daría todo, incluso la vida, por ese dinero! ¿Sabe usted para qué? ¡Para adquirir armas con las que combatir a los "negros"!

—¿Se refiere a los uniformes negros de los agentes del orden?

—Sí, me refiero a los sicarios de lo que ellos llaman el orden —

contestó Laura secamente—. Lo acepto todo, menos la compasión o la burla.

— Yo no le daré ese dinero para adquirir armas, Laura. Se lo daré, y mucho más, para que los desvalidos puedan comer. A cambio de que coma usted también conmigo y que me explique cómo puedo repartir la gran fortuna que poseo para mejorar las condiciones de vida de los desamparados.

—Pero... ¿Habla usted en serio?

—Se lo prometo en nombre de la memoria de mi padre.

—Si eso es verdad, el destino ha guiado mis pasos hasta usted —dijo Laura, un tanto confundida, mirando hacia el dinero que había sobre la mesa.

—Si usted no hubiese venido, no habría tardado yo mucho en ponerme en contacto con usted o con sus hermanos. Para eso he salido de mi refugio. Tengo oro por toneladas. Sin embargo, sé que repartiéndolo no arreglaremos nada. Bajaría el precio del oro y el hambre persistiría. Hay otros procedimientos. ¿Quiere escucharme?

—Sí... Le escucharé...

Capítulo III

—¿Quién es? —preguntó una voz apagada a través del interfono.

—Abre, Marta. Soy Laura. Vengo con un amigo.

La puerta del apartamento se abrió. Rama vio a una muchacha, no mal parecida, con un parche adhesivo en la mejilla, que le miró a la débil luz que salía del reducido vestíbulo.

Laura entró y abrazó a su compañera. Rama la siguió, cerrando la puerta al entrar.

—¿Qué te ocurrió, Marta?

—Me golpearon los empleados del tren subterráneo... ¡Oh, Laura; he pasado un día terrible! ¡Creí que estaba sola! ¡No ha vuelto nadie, excepto tú!

—Lo siento. Maruja debió hacerme caso. Pero me extraña que Susana...

—¡La vi caer, alcanzada por una bomba de gas! — exclamó Marta.

—¡Pobre Susana! —Laura pareció despertar y se volvió hacia Rama, quien ahora vestía una túnica de color crema, muy elegante, corbata roja, en forma de flor, iba cuidadosamente peinado y llevaba botas- pantalón—. Éste es Rama Phoebi, Marta. Gracias a él pude escapar.

Marta sonrió a Rama y le tendió la mano.

—Pasa, Rama. Esto no es muy grande, pero hay una butaca para las visitas. ¿Extranjero?

—Llevo mucho tiempo en este país, pero nací en Calcuta.

Entraron en un pequeño salón, donde había algunas butacas adosadas al muro. Era evidente que allí sólo vivían mujeres.

—Aquí apenas tenemos nada, señor Phoebi —habló Laura, desconcertando a Marta.

—¿Señor Phoebi? ¿No me has dicho que es un amigo? —preguntó.

—Deseo serlo —medió Rama—. Nos hemos conocido hoy.

—Rama Phoebi es el hombre más extraordinario que he conocido en mi vida —dijo Laura—. Me ha invitado a comer en el

«Solarium».

—¡Oh! —exclamó Marta, tapándose la boca con las yemas de los dedos.

—Estaban allí las personalidades más deslumbrantes de la ciudad... Y Laura Boix, vestida así, se ha codeado con todos ellos. Veinte créditos una comida con langosta dorada. ¿Te das cuenta, Marta?

Rama sonrió y se sentó, cruzando las piernas.

—Laura todavía no cree en su buena suerte. Lleva seis años luchando por una causa imposible. Y ahora que le ofrezco el triunfo en bandeja, no lo quiere por resultar demasiado fácil.

—Es mejor que te sientes, Marta. Si te lo explico en unas palabras, te vas a caer de espaldas.

—¿Un archimillonario simpatizante? —preguntó Marta, mostrando una bonita dentadura.

—Mucho más que eso. Al parecer, el señor Phoebi tiene negocios en América y está dispuesto a facilitamos todo lo que necesitemos para acabar con el hambre en nuestros «ghettos»... ¡De momento, me ha dado cincuenta mil créditos!

Marta retrocedió, atónita.

—¿Cincuenta mil...?

Laura abrió el bolso que colgaba de su costado y sacó un puñado de papeles y monedas.

—Banco de América... Libras europeas... ¿Lo ves, Marta?

—¡Lo veo y no lo creo! —exclamó la otra, acercándose a tocar el dinero.

—Puedo conseguir cien mil millones... ¡Un billón de millones! —dijo Rama, en tono inexpresivo—. Pero eso no resultaría efectivo, ni reportaría gran beneficio, porque la sociedad está organizada de una forma compleja. A una gran aportación de dinero sólo conseguiríamos aumentar el coste de la vida, y se produciría un desajuste. Mi idea no es repartir ese dinero entre los necesitados, sino aliviar momentáneamente el hambre del mayor número posible y crear industrias y trabajo.

—Rama es un filósofo —dijo Laura—. Barcas de pesca para los pescadores, campos de trigo para los agricultores y herramientas para los obreros. Una empresa colectiva y colosal, creada por el necesitado. ¿No es eso soñar?

—Por favor, Laura. Ésa es la solución. La industria está organizada. Se vive con y para el que colabora. La existencia es una lucha encarnizada por abrirse camino. Y el que posee algo se mata por conservarlo. No os extrañe que los «negros», como vosotros

decís, lancen cápsulas letárgicas contra la masa de manifestantes hambrientos. Quizá muchos tengan buenos sentimientos y no quisieran hacerlo. Pero no desean verse como los infelices a los que deben arrestar. Defienden su vida y su bienestar.

»La sociedad está mal organizada desde mucho tiempo atrás, debido a la desigualdad endémica que se arrastra del pasado. Y yo me propongo cambiar las cosas.

»No corro el riesgo de arruinarme porque soy inmensamente rico. Creo poder crear puestos de trabajo para todos los desempleados. ¿Y quién mejor que vosotras para ayudarme, puesto que nos proponemos el mismo fin?

—¿Quiere usted levantar industrias y dar trabajo a todo el que no lo tiene? —preguntó Marta—. ¿Sabe cuántos millones de desamparados hay en el mundo?

—He leído algunas estadísticas. No hay cuidado. Hace veinte años que estudio esos problemas y lo he resuelto.

—En teoría, Marta. El señor Rama es un experto en muchas materias. Por eso te digo que es un filósofo.

—No quiero perder tiempo. He venido aquí para concretar. ¿Quieren ayudarme o voy en busca de otras personas que lo hagan?

—Le he dicho que lo haré —dijo Laura—. Ya he recibido la primera remesa. Mañana mismo reuniré a los «Inconformistas» de la ciudad y nos pondremos al trabajo.

«Organizaré la primera Base de Auxilio, con comedores y alojamientos. Usted podrá ver el resultado de mi gestión. Ni Marta ni yo revelaremos a nadie su nombre y personalidad. Mi cuenta bancaria se incrementará en cien mil créditos semanales. Adquiriremos terrenos para edificar. Organizaremos el… ¿Cómo quiere que se llame su obra?

—La Gran Obra —dijo el alquimista, sonriendo.

—La Gran Obra de la Humanidad. ¿No es usted un loco, señor Phoebi?

—No, no lo soy —contestó Rama—. Por eso deseo mantenerme en el anónimo. Yo pasaré como un colaborador. Nadie más que ustedes dos debe conocer al filántropo. Si me descubren, desapareceré inmediatamente y no me volverán a ver.

Marta Noguera escuchaba a Rama con sumo interés. Creía formar parte de un cuento de hadas o algo semejante.

—¿Qué edad tiene usted?

—¿Importa mi edad, Marta?

—No, por supuesto. ¿Cómo ha conseguido esa fortuna? ¿La ha heredado?

—Una parte, sí. La otra la he obtenido yo con mis manos y mi cerebro. Pero Dios me ha ayudado mucho. Sin su providencial ayuda, nada habría conseguido.

—¿Cree usted en Dios, señor Phoebi?

—Sí, por supuesto. Sé que Dios existe.

Las dos mujeres se miraron. Laura observó:

—Le he dicho más de diez veces que la religión está desprestigiada. Pero no me hace caso.

—No sabe usted lo que dice, Laura. El racionalismo moderno ha ido demasiado aprisa. Primero fue el materialismo de Lamarck, después las doctrinas políticas de Marx; al final, la amalgama de ismos fue tan grande que fue preciso desterrarlo todo y volver a empezar. Ya era tarde. Se erradicó lo bueno y lo malo. Y Dios quedó casi olvidado. Pero sin Él nosotros no viviríamos, ni yo estaría aquí. Eso lo aclararemos a su debido tiempo. Dios volverá a su pedestal, porque el nuestro será como un Ejército de Salvación.

—Un ejército sin armas para defenderse, pronto será derrotado, señor Phoebi.

—No he venido a hacer la guerra, sino la paz — contestó Rama —. Y no les faltarán medios para conseguir que el pueblo deje de morir de hambre. ¿No ha dicho usted que estudiaba economía? Repase sus textos y organice el sistema. Tenemos prisa. Hay que trabajar.

* * *

A la mañana siguiente, Laura Boix alquiló dos grandes camiones eléctricos. Cuatro hombres, de una agencia de transportes, puestos a sus órdenes, se dirigieron al mercado central. Allí cargaron los camiones de víveres, previo pago de una importante suma, que Laura satisfizo al contado riguroso.

—Voy a repartir alimento a los necesitados del barrio de Sils — informó—. Este donativo lo hacen los «Inconformistas Euroasiáticos» para los pobres de Barcelona.

Aquello era nuevo y la noticia trascendió. Incluso acudió la inspección gubernativa, con un grupo armado. Pero el dinero de Laura era legal y no había denuncia alguna contra ella.

—Será mejor que pida usted ayuda al Departamento de Orden Público para repartir todo eso — sugirió un inspector—. Puede haber violencia. Sils es zona miserable.

—Lo sé, inspector. Tomaremos precauciones. No se preocupen. No quiero la ayuda del Orden Público.

—Espero que no tenga usted que lamentarlo.

Con los dos pesados camiones, Laura se dirigió hacia el «ghetto» elegido, que era una antigua población, medio en ruinas, donde se había refugiado una ingente masa de emigrantes y donde las condiciones de vida eran infrahumanas.

Nada más llegar al centro de aquel barrio, Laura se subió a uno de los camiones y, por medio de un megáfono electrónico, llamó a las gentes del lugar:

—Hermanos, amigos, hombres y mujeres que podéis comprenderme. Acudid aquí ,y escuchar lo que vengo a deciros. Vamos a repartir alimentos entre todos vosotros. Que nadie se excite porque hay carne, pescado, harina y legumbres para todos.

»Sólo os pido orden y organización. Quiero que acudan primero todos los que siguen las indicaciones de los “Inconformistas”. También pueden venir los "Justos”, los "Redentores” y los "Reformistas". Necesitaré la ayuda de todos para que los víveres que hemos traído no se repartan injustamente.

La voz de Laura, considerablemente ampliada por el megáfono, sorprendió a las gentes que se hacinaban en las viejas casas medio derruidas. Rostros demacrados, ojos hundidos y cuerpos desnutridos empezaron a salir de sus cobijos.

También llegaron hombres cautelosos, viejos y jóvenes. La llegada de los dos camiones era insólita. Y nadie se sorprendió de que los empleados de la agencia siguieran en las cabinas, sin atreverse a salir al exterior.

Laura, por el contrario, con el megáfono en la mano, descendió del vehículo y se acercó a los primeros hombres que llegaron.

—Si no se efectúa el reparto con orden, doy media vuelta y me marcho a otro lugar con los camiones.

—¿Qué traéis ahí? —preguntó un sujeto barbudo y sucio.

—Víveres para vuestras familias.

—¿Y esperas que me crea eso, criatura?

—Esto se puede hacer gracias a la ayuda de los «Inconformistas Euroasiáticos». Son ellos los que han dado el dinero.

—¡A ver lo que hay en esos camiones! —exigió uno.

—No. Quiero que vosotros mismos organicéis el reparto. Aquí hay que colaborar. Elegid un comité de control. Que se nombren grupos de auxilio. No se puede repartir todo al primero que llegue y los demás se queden sin nada. Hemos calculado que sois aquí unas cien mil personas.

—¿Y queréis darnos de comer a todos con dos camiones? —increpó otro individuo.

Laura no perdió la calma. Alguien la reconoció y se abrió paso

entre la gente. Era una mujer de la «Cruz Roja», que prestaba asistencia sanitaria gratuita en aquel «ghetto».

—¡Laura Boix! ¿Qué te trae por aquí?

—¡Oh, Angela; me alegro de verte! Tendrás que ayudarme. Vengo con cuarenta toneladas de alimentos.

—¿Qué me dices? ¿Es que se acerca el fin del mundo?

—Tal vez. De momento, hay quien paga todo esto. Si se reparte bien, habrá más. Tú conoces a estas personas mejor que yo. Nombra un grupo para organizar el reparto.

María de los Ángeles Gracia, viuda de un médico, sin hijos, vendió sus propiedades para dedicar su existencia al cuidado de los desvalidos. Y su ayuda era muy apreciada en Sils. Conocía a mucha gente, con la que compartía la miseria, y pertenecía al grupo de auxiliadoras de la «Cruz Roja Internacional», organismo sin representación oficial en ninguna parte, pero con un ejército de seguidores que renunciaban a parte de sus vidas por ayudar a los demás, sin más recompensa que el placer de cumplir un deber.

Aquella abnegada mujer, ya bastante marchita, eligió a una docena de hombres, entre el grupo cada vez más nutrido.

—Tenéis la obligación de prestar ayuda a Laura Boix. Hay que repartir los víveres entre todos. Si sois justos y honrados, vosotros mismos recibiréis la recompensa.

Laura pronto estuvo rodeada de colaboradores. Alguien trajo una mesa y se puso a escribir. Su trabajo consistía en hacer una lista, que luego sería comprobada.

—Nadie pedirá dos raciones —dijo aquel sujeto—. Conozco a todos los que viven aquí. Apuntaré sus nombres. Ración por cabeza. Y si alguno quiere pasarse de listo, le exigiremos cuentas.

El reparto empezó media hora después, cuando el equipo a las órdenes de Laura estaba formado. Cada uno recibió una libra en oro por su trabajo, además de una ración que consistía en una bolsa de arroz, un kilo de alubias, tres de patatas, un kilo de carne y otro de pescado, harina, aceite envasado, mantequilla,

conservas de distintas clases y fruta.

Al recibir las bolsas, aquellos seres parecían volverse locos de alegría. Laura lo llevaba todo dispuesto. Los hombres llenaban las bolsas, sacando el género de los sacos, y las iban entregando. Hombres, mujeres y niños recogían su lote y se marchaban. Pero había muchachos tan escuálidos que ni siquiera podían con sus bolsas y pedían ayuda.

En dos horas se vació el primer camión. Laura marchó entonces hacia Barcelona para cargar de nuevo. Y no se sorprendió al

cruzarse con varios vehículos de la fuerza pública que fueron enviados a ver si en el «ghetto» de Sils se estaban matando unos a otros.

Nada de esto ocurrió y los «negros» tuvieron que retirarse al anochecer, cuando Laura ya había repartido ocho camiones, estableciendo un «puente» continuo de aprovisionamiento que luego se extendió a otros «ghettos», porque la población de Sils aumentó de modo extraordinario al extenderse la noticia.

No sólo era Laura la que repartía alimentos, sino que Marta Noguera, en Villafranca, había organizado algo similar. Pero allí pronto empezaron a subir los precios en los mercados de mayoristas. Y Marta, cuando vio que le pedían doble de precio por las provisiones adquiridas a la mitad por la mañana, entró en una cabina videofónica y llamó al «Shaphor Hotel», de Barcelona, consultando con Rama Phoebi:

—¡Ya empiezan a subir los precios! Esta mañana compré dos mil kilos de lentejas por cien libras. Ahora me piden doscientas.

—Compra antes de que te pidan quinientas — contestó Rama —. O, si lo prefieres, envía los camiones a Valencia.

—¡Lo prefiero, Rama! ¿Sabes cómo le va a Laura?

—No me ha llamado aún. Espero que todo marche bien. ¿Buen efecto?

—¡Oh, sí; esta gente se dejaría matar por mí!

—Espero que no se te suba la gloria a la cabeza, Marta. Sé prudente.

—Lo tendré organizado todo en menos de una semana.

Capítulo IV

La sede de la Gran Obra filosófica se había instalado en el corazón del Vallés, cerca de Valldoreix, y consistía en un complejo urbano, de veinte grandes edificios de quince plantas, rodeando una impresionante torre metálica de cincuenta y seis pisos.

Este singular edificio principal era la sede propiamente dicha de la organización dirigida por Laura Boix, y tras la que se ocultaba el enigmático personaje llamado Rama Phoebi.

Y, precisamente, en el subsuelo de aquella portentosa obra de acero, a ocho pisos bajo tierra, había sido construido el laboratorio secreto del alquimista, que ahora no trabajaba solo, porque ocho hombres jóvenes elegidos por él mismo entre más de un millón de fichas perforadas por los ordenadores, le ayudaban en su esotérico trabajo de la transmutación de metales.

Uno de aquellos jóvenes, llamado Arturo Lorente, de veintitrés años, había sido estudiante de Química en un prestigioso Instituto de Sarriá, pero sus contactos con estudiantes de otras disciplinas, su alianza con miembros de asociaciones contestatarias y el haber formado parte de manifestaciones multitudinarias, le habían conducido a un campo de internamiento, donde llevó, durante un año, el tatuaje de los condenados.

La carrera de Arturo Lorente se truncó a partir de entonces. Pero se unió al grupo creado por el filósofo alemán Grotwald, y era uno de los más revolucionarios entre los «inconformistas». Además, el joven continuó estudiando por su cuenta o ayudado por algunos amigos, y, aunque sin título oficial alguno, era un excelente químico.

Por eso, cuando Laura Boix formó su comité ejecutivo, Arturo Lorente entró desde el principio a formar parte del grupo que debía llevar a efecto la portentosa realización de Rama Phoebi.

Éste, como un simpatizante hindú, había sido presentado como un «inconformista Euroasiático» recién llegado de Oriente, donde, según dijo, «había aprendido castellano y catalán con profesores españoles».

— He estudiado filosofía clásica — había dicho Rama,

sonriendo, en una de aquellas primeras reuniones—. Estudié a Platón, Aristóteles y a todos los clásicos griegos. Pero, en particular, me interesan las ciencias antiguas asiriobabilónicas.

Era una especie de erudito, que no convenció a Arturo Lorente, debido a la sagacidad de éste, y en especial, porque Laura Boix pasaba largos ratos en privado con el filósofo hindú, y de tales entrevistas surgía siempre algo importante para el incipiente grupo.

Lorente, aunque pensó que había algo extraño en aquel individuo, de aire joven pero maduro, no tuvo mucho tiempo para pensar acerca de él. Había mucho que hacer y todo era importante.

Tuvo que buscar albañiles, constructores y aparejadores. Se relacionó con arquitectos, hombres acomodados y protegidos por la ley, que veían con escepticismo lo que el grupo de Lorente y Laura Boix trataban de hacer. Pero como sus honorarios les fueron abonados puntualmente, aceptaron las instrucciones que les daban.

Nadie supo quién puso el nombre de Torre de Mermes a la sede que empezó a erigirse en primer lugar, ni quien sugirió construir un laboratorio «químico» en los sótanos, cuyas paredes estaban revestidas de acero, plomo y ladrillos refractarios.

Arturo Lorente discutió con Laura acerca de esto una tarde, en los alojamientos provisionales levantados cerca del lugar de trabajo.

—¿Qué sentido tiene ese laboratorio secreto? — quiso saber Arturo.

—El promotor así lo quiere.

—¿Quién es esa misteriosa persona? —insistió Arturo.

—Ni siquiera yo la conozco. Lo siento, Arturo. No puedo satisfacer tu curiosidad.

—Pero... ¡todo esto obedece a algo, Laura! ¿Es que no comprendes que podemos estar sirviendo al diablo, en sentido figurado, se entiende?

—En ningún sentido, Arturo — contestó Laura secamente—. Recibo grandes cantidades de dinero por mediación de un banco. Sé que se hacen envíos desde América. Las instrucciones me las dan por videófono, sin ver a mi interlocutor. ¿Crees que por desconocer la identidad de nuestro mecenas voy a rechazar su mecenazgo? ¡Ni lo sueñes, amigo mío! Gracias a él y a su filantropía estamos dando de comer a cientos de miles de seres que habrían muerto de hambre.

«Estas obras y las fábricas que se instalan en diversas partes del país, incluso en Francia y en Alemania, dan trabajo a millares de seres que antes se encontraban desesperados y que ahora obtienen un suelo que les permite vivir. No importa que hayan sido víctimas

de la sociedad y que hayan estado encerrados anteriormente en campos de internamiento. Al contrario, se prefieren individuos así.

«¿Quién es el hombre, grupo o gobierno que nos apoya? No lo sé, ni me importa. Pero si me piden que ande cabeza abajo, lo haré.

—¿Te han pedido que aceptes la continua presencia de Rama Phoebi?

—¿Qué tienes contra él? — preguntó Laura, sorprendida.

—Nada. Pero no es de los nuestros.

—¡Te equivocas, Arturo! ¡Significa más que tú y que yo, dada su experiencia! Sí, me lo recomendaron. Pero sé que es un valioso elemento.

—¿Para qué queremos un laboratorio químico en los sótanos de la Torre de Hermes?

—Tal vez no llegue a ser un laboratorio químico, Arturo.

—¿Alquímico? —insistió Arturo en tono incisivo.

—¿Qué diferencia existe, a la altura de la ciencia actual?

—Muy notable, por si no lo sabes —dijo él, con suficiencia—. Aunque la alquimia no se estudia oficialmente, posee muchos adeptos o prosélitos, incluso en nuestra época.

»Y mientras los químicos estudian los hechos de la materia, los alquimistas buscan las causas. Química es experiencia; Alquimia es filosofía natural... ¡O Arte Hermético! Y, casualmente, fue Hermes Trimegisto, un personaje mitológico, a quien se atribuye la iniciación de la Obra, cuyos principios redactó en cébala en la llamada Tabla Esmeralda, que poseyó Salomón y más tarde, según se dice, encontraron los caballeros Templarios.

—Todo eso es pura leyenda, Arturo — dijo Laura, sin convicción.

—Será todo lo que tú quieras. Pero la historia está plagada de casos y personajes extraños, cuya conducta ha dado mucho que pensar a los historiadores.

»Y lo que estamos realizando aquí parece, a todas luces, la obra de un alquimista. ¿Sabes, por ejemplo, que Nicolás Flamel, un humilde escribano que vivió en París, entre 1330 y 1417, consiguió la transmutación de los metales y se hizo inmensamente rico, como demuestran las grandes obras asistenciales que financió.

—Eso no está demostrado — replicó.

—Tal vez —admitió Arturo—. Pero no fue el único. Te puedo citar nombres muy conocidos, relacionados con la alquimia, como fueron Roger Bacon, Arnaldo de Vilanova, Raimundo Lulio, Juan Cremer, abad de Westminster, Basilio Valentín, Bernardo Trevisano, Zacarías, Paracelso, Seton y la legendaria figura de Irineo Filaleteo,

de quien se afirma que vivió varias centurias, y que ha dejado pruebas irrebatibles de transmutaciones metálicas.

—¿Y tú crees eso? ¿Crees en la transmutación por medios rudimentarios y toscos, cuando los grandes laboratorios de física y química no han logrado

obtener oro por medios rentables?

—Yo sé lo que hacen los químicos actuales, Laura. Pero ignoro lo que hacían los alquimistas del pasado y mucho menos sé de dónde les venían los conocimientos que tenían. Lo que sí es verdad, y nadie lo discute, es que de los seguidores fervientes y fracasados de aquellos antiguos filósofos herméticos, surgieron los fraguadores, los sopladores y los espagiristas, y entre todos sentaron las bases de la química actual.

»Y te diré más. Si trabajando en mi laboratorio, por procedimientos químicos comunes, yo descubriera la piedra filosofal, ¡te juro por mi descendencia que no se lo comunicaría a nadie!

* * *

Más tarde, Laura cambió impresiones con Rama Phoebi y mencionó las opiniones de Arturo Lorente.

Se trabajaba con ahínco en la construcción de la ingente obra metálica. Día a día, llegaban más obreros, más maquinaria y más material para irlo colocando. Y en una ocasión propicia, Rama se acercó a donde se encontraba Arturo.

—¿Cuánto dinero se ha gastado ya en esta obra?

—preguntó, como por casualidad.

—Muchísimo, Rama —dijo Arturo—. Calculo de cien millones de créditos.

—Nuestro filántropo debe ser un hombre muy rico.

—Es imposible que se trate de un hombre solo

—replicó Arturo—. Yo más bien supongo que los seguidores de Grotwald o alguna empresa bancaria nos está apoyando con algún fin, que tarde o temprano averiguaremos.

—Es posible. ¿Qué te parece lo que nos han ordenado crear aquí? ¿No tiene esto todo el aspecto de un laboratorio secreto?

—¿Secreto? —se sorprendió Arturo—. Estamos aquí muchos hombres trabajando.

—Sí. Pero los planos muestran una construcción peculiar. Paredes muy sólidas y protegidas, como las cámaras superacorazadas de un banco, y sólo una entrada, que será un muro infranqueable. Ni siquiera figura en los planos.

—Ha dicho Laura que se están realizando en América.

Ambos se hallaban en las naves subterráneas, donde pronto se iba a instalar el laboratorio. Y precisamente Rama quería conocer de Arturo cierto aspecto psicológico que le intrigaba.

—¿Qué saldrá de todo esto, Arturo? —preguntó Rama, como por casualidad.

—De momento, se está realizando una portentosa labor. Y no sólo se aceleran los trabajos aquí, sino que se están instalando plantas industriales que deben tener muy preocupados a los grupos financieros del ramo.

—Sí, por supuesto, habrá reacción contraria. La lucha comercial se entablará en cuanto empiecen a salir las primeras piezas manufacturadas. Será preciso combatir en muchos frentes… ¿Y si todo esto fuera destruido?

Arturo Lorente no vaciló en responder:

—Cualquiera de nosotros nos dejaríamos matar por la continuación de esta obra. Yo no conozco al filántropo, pero si viviera mil años, todo ese tiempo estaría bendiciéndole.

—Yo conozco sus propósitos, Arturo — dijo Rama.

—¿Eh?

—Sí. Y necesito confiar en ti para realizar un trabajo que me preocupa mucho.

Sin vacilar, Arturo confesó:

—Si nuestro protector confía en ti, también lo haré yo. Explícate. ¿Qué te preocupa?

—Las ingentes cantidades de dinero que se están gastando para activar toda la empresa. Sé que Marta Noguera y su grupo han gastado quinientos mil millones de créditos en alimentar a los desamparados. Esa gente comía lo que encontraba y ahora necesitan seguir alimentándose regularmente. Bien es verdad que se trabaja ya en los campos que ha adquirido la organización, se pesca y se caza. Pero tengo noticias fidedignas de que las reservas se están agotando. Se ha consumido demasiado y, por otra parte, ha habido resistencia a entregar más fondos.

—¿Puede suspenderse todo lo que estamos realizando? —preguntó Arturo, inquieto.

—Sí, a menos que hagamos algo y pronto.

—¿Qué instrucciones te han dado?

—Una muy secreta y delicada. Se trata de crear fondos artificialmente. Y me han facilitado los medios. Necesito para ello tu colaboración incondicional y la de otros seis o siete hombres, a los que revelaré el secreto de este laboratorio.

Arturo Lorente se apresuró a decir.

—Puedes confiar plenamente en mí. ¿Qué debo hacer?

—En primer lugar — expuso Rama, en voz baja —, esta noche vamos a realizar un experimento. Fundiremos plomo, añadiremos unos gránulos que me han dado y...

—¿Obtendremos oro? —terminó Arturo.

Rama asintió, mirando fijamente al otro.

—Pero... ¿es eso posible?

—Así me lo han dicho. Por eso necesito tu ayuda. Si esa obra resulta, te encargarás de distribuir el oro. Venderemos donde podamos, y al precio que sea. No necesito decirte que se espera de nosotros la máxima discreción.

Ante aquella prueba de confianza, Arturo Lorente estrechó la mano de Rama con efusividad, y respondió :

—Cuando te pongas en contacto con el maestro, dile que me dejaría matar antes de revelar a nadie este secreto.

¡Arturo Lorente estaba ya convencido de que Rama Phoebi era el alquimista filántropo que dirigía la Gran Obra!

Y aquella noche, mientras todos dormían, los dos hombres, en los hornos eléctricos instalados en el sótano de la Torre de Hermes, realizaron la transmutación de una tonelada de plomo.

El oro así obtenido fue vertido en moldes, que Rama contrastó con un sello de acero que trajo consigo, para hacerlo parecer como lingotes salidos del Banco Nacional norteamericano.

—Esto se puede vender en cualquier país, excepto en América —dijo Rama—. Se habrá de efectuar una transacción secreta, naturalmente, pero el crédito que obtengamos nos permitirá seguir adelante.

—¡Esto es extraordinario, Rama! —exclamó Arturo, ante la fila de moldes que se enfriaban lentamente—. La prueba del agua regia ha dado resultado positivo... ¡Y, sin embargo, todo esto era plomo hace unas horas!

—¿Te das cuenta ahora del poder que se nos ha confiado? —preguntó Rama, sonriendo—. He gastado toda la piedra que tenía. Pero se nos dará más.

—¿Cómo se ha obtenido ese transmutador milagroso? —preguntó Arturo.

—Se me dijo que a través de muchos años de paciente labor. En realidad, parece ser que cualquiera puede conseguirla, con tal de dedicar el tiempo suficiente al estudio y seguir las instrucciones de los maestros adeptos.

—Yo he leído libros de alquimia y no he entendido

absolutamente nada.

—Yo también —dijo Rama—. Y como comprenderás, esta maravillosa ciencia, reservada únicamente a los que han liberado su alma de los prejuicios terrenales, no se puede revelar a los profanos. El resultado sería desastroso. El bien es tan necesario como el mal. La verdad sin mentira no existe. ¿Darías poder al ignorante?

—No, por supuesto.

—De ahí se deduce que los maestros, deseosos de que sus enseñanzas no cayeran en manos de hombres sin escrúpulos, recurrieran a la cábala hermética, al esoterismo y a los símbolos filosóficos para que únicamente los verdaderos elegidos pudieran llegar a poseer la piedra que contiene los poderes de los cuatro elementos naturales.

—¿Podría yo algún día conocer ese maravilloso talismán? —preguntó Arturo.

—Tal vez... ¿Por qué no? Sólo depende del empeño que pongas en aprender, en tu fe, en tu deseo... Y serás tú mismo quien descubra la verdad, sin que nadie te la enseñe.

—¿Como tú? —preguntó Arturo.

Rama sonrió y dijo ambiguamente:

—Yo no soy todavía, digno que la confianza que han depositado en mí. Debo seguir dando pruebas de amor a la humanidad y, posiblemente, me sea revelado.

Lleno de entusiasmo, Arturo Lorente trabajó toda la noche para embalar el oro y sacarlo por el montacargas, hasta el camión que tenían preparado al pie de la construcción. Sin dormir, Arturo transportó la riqueza hasta una de las fábricas de tejidos artificiales, que la organización construía cerca de Barcelona, donde reunió a varios compañeros de toda confianza, a los que encargó la gestión de vender el oro.

La labor no resultó difícil. Un grupo de joyeros franceses, por un precio ligeramente inferior al de la cotización oficial, y adoptando un extremado secreto, se quedó con más de la mitad de la partida. Raúl Fuentes, amigo de Arturo Lorente, realizó la operación en dos días, e ingresó veinte millones de créditos internacionales en las cuentas de la organización.

Pero dos fuertes grupos industriales de alimentación y comercio se habían reunido ya para estudiar el caso. Los agentes de aquel consejo administrativo indagaron y obtuvieron, por medio del soborno, estados de cuentas, fuentes de ingreso y desarrollo de las operaciones realizadas.

Así, se supo que, al principio, Laura Boix había recibido enormes

sumas de dinero de América. Pero tales remesas habían concluido pocas semanas atrás.

Se averiguó que la asociación internacional «Inconformista Euroasiática» también había contribuido con bastantes millones de créditos, y que la Gran Obra empezaba a dar resultados industriales, pero que se encontraba en un período de expansión y, por tanto, de escasa rentabilidad.

Se consiguieron los nombres de los directamente responsables, como Laura Boix, Marta Noguera, María de los Ángeles García, Agustín Canals, Antonio Rovira, Arturo Lorente, Raúl Fuentes y Joaquín Aiguaviva.

Por extraña paradoja, el nombre de Rama Phoebi no figuraba en la lista de responsables, y contra él no se dirigió ninguna acción de la junta ejecutiva de las empresas rivales.

Los otros, de un modo u otro, recibieron avisos e intimidaciones. Laura Boix tuvo una llamada anónima, en la que una voz agresiva le dijo:

— Te vigilamos muy de cerca, Laura. Las actividades en que te ocupas no agradan a ciertas personas influyentes. Retírate antes de que sea demasiado tarde. Si continúas tu tarea, no vivirás mucho tiempo.

También Arturo Lorente recibió una cajita que contenía un explosivo, su detonante y un reloj de juguete, con una nota anónima de advertencia, que decía:

> *Amigo Arturo, esto es «glicita» y significa destrucción. Piensa en que el reloj podía ser verdadero y el explosivo estar conectado. Con ánimo de aniquilarte, ya habrías muerto. No sigas colaborando con esos agitadores intrusos o la próxima vez algo puede acabar con tu vida.*

Al recibirse varios de estos avisos, Laura Boix convocó una reunión, a la que asistió también Rama, que era uno de los pocos reunidos que no parecía figurar en la lista de los amenazados.

Así supieron que Marta Noguera recibió una simple carta, que decía:

¡Vete al extranjero, déjalo todo o morirás!

Y todos los demás podían exponer quejas por el estilo.

—No nos dejaremos impresionar —habló Laura, desde la mesa de la presidencia, cargo que ocupaba desde el principio —. Tomaremos precauciones. Formaremos grupos de vigilancia. Cada uno de nosotros tendrá una escolta. Elegiremos amigos fuertes a los que armaremos, si es necesario.

No era la primera vez que Laura Boix mencionaba el uso de las armas. Y hubo inquietud entre la reunión. Arturo Lorente expuso, a su vez:

—Lo mejor sería formar un cuerpo de vigilancia con los muchos necesitados que existen en el país. ¿Qué os parece la creación del Cuerpo de Seguridad Especial?

—¡Qué se apruebe! —exclamaron algunos.

—¡Y que vayan vestidos de blanco! —añadió otro.

Capítulo V

— Tengo que decirte algo muy importante, Rama — había dicho Marta Noguera, por videófono —. ¿Voy a verte o vienes tú aquí?

Rama contestó que iría él a la factoría alimentaria de Tarragona, desde donde le había llamado Marta. Una hora después, tras haber dado instrucciones a Laura, tomó un pequeño «discóbolo», que se llamaba la versión del clásico platillo volante por traslación geomagnética, y se dirigió a ver a Marta.

La encontró en su gabinete de la factoría, que era una reducida estancia, austera y sencilla, en el centro de la gran instalación donde ya trabajaban diez mil personas confeccionando las famosas «bolsas amarillas» que se enviaban al mundo entero, junto con mensajes de esperanza, unión, fraternidad y, especialmente, los sobres con las semillas de trigo y legumbres, que los favorecidos debían sembrar en todas las tierras cultivables.

Marta, sin el parche adhesivo con que la conociera Rama en el apartamiento de San Gervasio, en Barcelona, estaba trabajando en un programa de distribución de alimentos. Tenía el cabello cortado, vestía una blusa casi transparente y llevaba la mínima expresión de «panty». Su figura era esbelta, su boca, tentadora, y sus ojos brillaban.

Al entrar Rama, se levantó de su asiento y abrazó y besó al visitante.

—¡Oh, Rama, qué ganas tenía de verte! ¡He trabajado muy duro, lejos de ti!

—Todos están haciendo lo mismo, Marta. ¿Para qué querías verme?

—Hemos descubierto una partida de azúcar que contenía arsénico —declaró Marta sin rodeos —. ¿Te imaginas lo que habría ocurrido si la distribuimos?

—¡Cielo! ¡Habría sido terrible! ¿Quién nos la envió?

—«Campbell & Roos Inc.», de Londres. Pero hemos hecho averiguaciones discretas, repartiendo algunos miles de créditos, y hemos averiguado que el azúcar procede de «Río Palma». Estamos seguros de que se ha elegido a «Campbell & Roos Inc.» como

tapadera. En sus almacenes no saben nada, y los mil sacos salieron de Málaga, ¡destinados especialmente a nosotros!

—¿Se lo has dicho a Laura?

—No. Esto es muy delicado. Llevo más de un mes encerrada aquí, sin más contacto que el de mis agentes. Y he sabido más. Los de la «Río Palma» están preparando un ataque directo contra nosotros. Los repartos que hemos hecho les han producido pérdidas cuantiosas. Hay entidades bancarias que les apoyan. El principal ejecutivo de esa empresa es Marcos Caparros, que dirige también la «Química Internacional». ¿Comprendes?

Rama se sentó en la litera de Marta y se quedó pensativo.

—No quiero mezclarme en esto, Marta. Sé que puedo confiar en ti. Pero has debido decidir por ti misma. Llegará un momento en que seré descubierto.

—No será por mí.

—Sólo tú y Laura conocéis mi identidad. Debes fingir que Laura obedece órdenes de alguien. Eso es lo estipulado. ¿Qué esperas que yo te diga?

—Tengo varios caminos. Uno de ellos es recurrir a la ley, pero dudo de conseguir nada. Alegarán mil pretextos de ignorarlo todo. Dirán que tratamos de hundirlos y que el arsénico lo hemos puesto nosotros. Habrá lío.

»Si interviene el Orden Público, nuestra factoría será intervenida, no podremos realizar envíos. Pero si… —se interrumpió la joven.

Al ver a Marta acercarse a él, mirándole fijamente, Rama preguntó:

—¿Qué más?

—He pensado asestar un duro golpe a Marcos Caparros. Tengo pruebas contra él.

—¿Y declarar la guerra? —preguntó Rama, poniéndose en pie.

—Ellos la han iniciado. Sé que pretenden eliminar a algunos de nosotros. ¿No es preferible atacar antes que nos ataquen?

—No, Marta. Si nos atacan, soportaremos lo que venga. Pero no atacaremos a nadie. No queremos herir, ni cambiar, ni sembrar el odio.

—¡Eso lo dices porque estás bien protegido detrás de nosotras! —replicó Marta secamente.

—No debes decir eso, Marta. Sabes lo que hacemos. El mundo entero necesita de mí. Yo me oculto por necesidad. Si no tuviera tu promesa solemne de respetar mi anonimato, no estarías aquí. Pero las consignas deben cumplirse.

—Perdóname, Rama — musitó Marta, acercándose a él y echándole los brazos al cuello —. Lo siento… Estoy muy nerviosa.

—Lo comprendo — replicó él, tratando de librarse de ella, con suavidad—. Hablemos de cosas importantes.

Marta opuso resistencia, arrimándose más a él.

—Rama, escucha… Estoy contigo en cuerpo y alma. Tu causa es noble y justa. Pero… ¡te quiero, Rama! ¡Tenía necesidad de volverte a ver!

Las manos de él atenazaron las muñecas de Marta, obligándola a retroceder. Su mirada oscura e intensa pareció perforar las pupilas de ella.

—Comprendo tus sentimientos, Marta. Eres joven y estás impresionada. Pero yo no puedo, ni debo, corresponder a tus sentimientos. No me debo a una sola persona, sino a todas.

—¡No digas eso! ¡Quieres a Laura! ¡Sé qué prefieres su compañía a la mía, y por eso me has enviado aquí!

Rama negó con la cabeza.

—No. Te equivocas. Laura es igual que tú. Luchamos por la misma causa y no podemos permitirnos desvíos pueriles. Esto es muy serio, amiga mía. Tú misma lo ves. Si el azúcar llega a los necesitados y mueren unos millares de seres, nos acusarán de las peores atrocidades. No podemos descuidarnos lo más mínimo. Ni tenemos derecho a dormir.

—¡Pero es que yo necesito algo más que responsabilidad! ¡Anhelo algo más, Rama! ¡Tú no eres un anciano, aunque tu mente pertenezca al bienestar de la humanidad! ¡Te deseo, Rama!

—Eres frívola, Marta. Lo siento. Tendré que sustituirte.

La mujer reaccionó fieramente.

—¡No me harás eso, Rama! ¡Si lo haces…!

Antes de formular su pregunta, Rama suspiró:

—¿Qué?

—No sé lo que haría.

Él la atrajo hacia sí, abrazándola con cariño. La besó en los labios, sin apasionamiento, y luego dijo:

—Estás excitada, Marta. Debes tomarte un descanso. Sé que eres incapaz de revelar mi secreto. Pero si lo hicieras, no ocurriría nada. ¿Entiendes? ¡Nada en absoluto! El mundo sabrá algo que ignora y, tal vez, goce de más simpatía que ahora.

«Desapareceré. Me esfumaré en las sombras, pero la Obra continuará. Seré una especie de mito o de leyenda. Mi oro es fino y valioso. El mundo sabrá que alguien puede arruinar todas las economías. Y esa mayoría de acomodados verían tambalearse sus

puestos remunerados.

»La justicia tal vez prevalezca, si saben que soy capaz de elevar a los necesitados. Lo que estoy haciendo es desvalorizar las riquezas de los otros. Todo está subiendo de precio. Ni los más ricos pueden adquirir ya los alimentos a precios oficiales. ¿Qué significa eso?

«Hay una revolución en marcha, Marta. ¿Comprendes? Y yo puedo hundir muchas cosas con mi alquimia. Tengo quien me sigue.

«¿Y pretendes que deje que mis sentidos se ofusquen por la impresión pasajera de tus desvaríos? ¿Qué puede significar para ti unos instantes de amor? ¿No es más importante la obra completa?

—Mi amor es sincero, profundo, Rama. ¡Eres tan apuesto!

Él sonrió y repuso:

—Estás sugestionada, Marta. Como hombre no soy gran cosa. Carezco de experiencia sexual. Sólo soy un filósofo.

—¡No me rechaces, Rama!

—No. Sólo trato de convencerte. Sin embargo, te he besado.

—¡Quiero más!

Rama se dirigió hacia la puerta. Pero se detuvo antes de llegar a ella. Se volvió y dijo:

—Tengo que ir al monasterio de Manlleu. ¿Quieres venir? Estaré allí cinco días. Hay un viejo labrador al que amo profundamente. Si «Noi» acepta tu presencia, puedes descansar cinco días. A nuestro regreso verás la panorámica de todo esto de un modo distinto. ¿Quieres venir?

—¡Iré contigo al fin del mundo, Rama! ¡Avisaré a Matilde para que ocupe mi puesto! ¡Estaré preparada antes de diez minutos!

* * *

En la paz del olvidado monasterio, Marta Noguera descubrió algo extraordinario y significativo: ¡amaba a Rama, pero no le deseaba! Sin embargo, su palpitante cuerpo, cálido y ardiente, se unió al de él con la pasión y el fuego de la juventud.

El acto tuvo lugar en pleno campo, bajo unos árboles seculares, sobre una hierba sin mancilla, fresca y fragante. Rama la abrazó primero, la besó largamente acto seguido y, por último, se abandonaron el uno en el otro, hasta que el amor brotó de ellos con violencia.

No fue amor puro. Marta había amado ya otras veces. Pero sus sentidos estaban ofuscados y la paz y el sosiego de aquel solitario paraje, lejos de donde «Noi» Serra labraba sus tierras, influyó en su mente.

Rama no cedió su virtud, ni sacrificó su corazón. Actuó

deliberadamente en pro de una causa justa y humana. Su verdad no se descompuso. Había ido allí para obtener, en las retortas, el gránulo rojo de la transmutación. Necesitaba unos días de trabajo, y mientras la alquimia trabajaba por él, la llama vital apagó un deseo humano y lascivo, utilizando un recurso secreto.

Después de aquel acto fugaz, Marta no volvería a sentir deseo amoroso alguno por nadie. Sació definitivamente todas sus apetencias, y se sintió transformada, elevada, ungida, hasta una cúspide suprema de felicidad, como ya no podría, ni aún contra natural, conseguir jamás.

Aquella noche, mientras paseaban por los desiertos jardines, después de la cena, Marta diría:

—Gracias, Rama. Ahora sé por qué me has traído aquí.

—Trata de olvidarlo, Marta.

—No podré. Ha sido demasiado maravilloso. Tengo la impresión de haber agotado toda mi capacidad emotiva. De ahora en adelante, me dedicaré a la tarea que debemos realizar y no volveré a sentirme desdichada.

—Estoy seguro de ello — respondió enigmáticamente el alquimista—. Y en el logro de nuestros anhelos encontrarás la máxima recompensa. No vuelvas a flaquear, ¿me lo prometes?

—¡Te lo prometo solemnemente! —replicó ella—. ¿Para qué hemos venido? ¿Sólo por mí?

—No. También necesitaba «piedra». Acabé con toda la fortuna de mi padre. El banco americano está tan furioso que temo revele mi identidad. Por suerte, si eso ocurriera, sería advertido inmediatamente.

»Hemos retirado tanto crédito que están casi en quiebra. Pero los gastos siguen aumentando y necesitamos reponer fondos o tenemos que detenernos. Arturo Lorente me ayuda en la transmutación. Le he nombrado tesorero general.

—¿Y le has revelado tu identidad?

—Sólo en parte. Creo que puedo confiar en él. Crearé más «piedra» y se la daré a Arturo. Hemos de terminar el laboratorio secreto e iniciar la segunda fase de la Gran Obra.

—¿En qué consiste? —preguntó Marta.

—En obtener el elixir de la longevidad. Quien lo tome, vivirá muchos años, a menos que sufra un trágico percance.

—Pero ¿es eso posible, Rama?

—Mi padre estuvo a punto de lograrlo — contestó él, pasando su brazo sobre los hombros de ella con gesto fraternal—. Me dejó la fórmula de la primera materia y sólo me falta experimentar en un

laboratorio adecuado, como el que estamos terminando de construir en Valldoreix.

»Mi labor reformadora que estamos realizando es muy amplia. No conseguiremos todo lo que nos hemos propuesto, a menos que podamos prolongar nuestra existencia. Si morimos dentro de algunos años, todo se derrumbará. Y yo me he propuesto dejar bases firmes de continuidad y reforma total.

»Por eso necesitamos vivir más tiempo.

—¿Todos?

—No, eso es imposible y de consecuencias incalculables. Mi propósito es prolongar sólo la vida de los más directamente responsables de la Gran Obra.

«Según he sabido, porque la longevidad ya se ha conseguido en épocas pretéritas, fue utilizado en algunos famosos personajes. El Hermano Santo de los «Rosacruz», conocido en la historia como el conde de Saint-Germain, vivió varios siglos.

»El arte hermético es muy complejo, además. Al parecer, el adepto que toma el elixir de la larga vida sufre una transformación biológica, perdiendo al principio las «uñas, el pelo y los dientes y sufriendo unas fiebres terribles. Al desaparecer éstas, vuelve a crecer todo lo perdido, surgiendo con más vigor, y ni siquiera se tiene apetito. Se han eliminado las toxinas y los agentes patógenos y quedan suprimidas definitivamente las enfermedades.

—¿Cuánto tiempo se podría vivir? —preguntó Marta.

—Alrededor de mil años —contestó Rama Phoebi.

* * *

Arturo Lorente salió ileso del atentado, pero dos hombres de su escolta fueron muertos, en la misma puerta del banco, acribillados por las armas de los asesinos.

En medio de la confusión que siguió, Arturo pudo llegar hasta el estacionamiento aéreo, tomar su helicoplano y escapar, para regresar inmediatamente a Valldoreix, a fin de informar al consejo de la Gran Obra y tratar de localizar a Rama.

Aquel mismo día, en una calle del «ghetto de Sils, otro colaborador y amigo, Agustín Canals, era asesinado cuando salía de un centro de contratación recién construido. Agustín llevaba la sección de trabajo de la Obra, y le mataron unos hombres que, fingiéndose desamparados, llegaron a Sils con la pretensión de ser contratados.

Los tres asesinos pudieron escapar.

Esta noticia llegó al polígono formado en torno a la Torre de

Hermes, en donde se había reunido parcialmente el comité ejecutivo, presidido por Laura Boix.

—¡Hemos de hacer algo! —clamó Arturo—. Y tu deber es informar a los patrocinadores.

—Llevo varias horas tratando de comunicarme con ellos —contestó Laura—. Pero no es eso lo que esperan de nosotros. Nos lo han facilitado todo. ¿Qué más podemos pedirles? ¿Que solucionen nuestros problemas?

»Esto es cosa nuestra. Tenemos que averiguar quién nos ataca y devolver las ofensas recibidas… ¡La muerte de Agustín no puede quedar impune!

—¡El banco debió avisar a los que me atacaron! — expuso Arturo —. Sólo ellos sabían que yo iba a llegar.

—En el Banco Comercial trabajan doscientos empleados —repuso Raúl Fuentes —. Y los empleados de un banco nada tienen contra nosotros. Sin embargo, alguien debió informar de tu llegada. ¿Vamos a destruir el banco por esa razón?

En las últimas reuniones se había nombrado a Joaquín Aiguaviva como jefe de la Seguridad, y ya estaba formado el Cuerpo Especial de vigilancia, aunque no se había logrado aún coordinarlo.

Pero Aiguaviva, un hombre de treinta y dos años, antiguo empleado de una oficina técnica en Madrid, y despedido por inconformista, ya tenía informes interesantes, a pesar del poco tiempo que funcionaba su nueva sección. Y fue él quien dijo:

—Matilde Galcerán me llamó ayer desde la factoría «C» de Tarragona. Dijo que Marta se había marchado con Rama Phoebi, pero me habló del caso del azúcar mezclado con arsénico. Si se confirma que el industrial Marco Caparros, gerifalte de la compañía «Río Palma», de Málaga, es el responsable, podemos hacerle pagar el atentado de Arturo y la muerte de Agustín.

Laura Boix, que lo escuchaba todo y grababa en cinta magnética la deliberación, prestó más atención a los nombres de Marta y Rama que a lo demás. Y por eso preguntó:

—¿Dónde están Marta y Rama Phoebi?

—Matilde no me lo dijo —replicó Aiguaviva—. Seguramente deben estar ocupados en algo importante. ¿No les has encomendado ningún servicio?

—No — contestó Laura secamente, sin poder ocultar su despecho—. Pero Rama Phoebi ha podido ser requerido por el grupo filántropo. ¿No te insinuó eso, Arturo?

—Sí. Está ocupado en la obtención de créditos.

—¿Tiene problemas económicos la factoría «C»? — preguntó

Laura.

—Por supuesto. Su nómina es muy elevada. Sólo en transporte han invertido…

—¡Deja las cifras, Arturo! —atajó Laura, que se volvió a Joaquín Aiguaviva, para añadir —: Confirma esa información. Si la «Río Palma» ha contratado pistoleros, ordena al Cuerpo de Seguridad Especial que les den un escarmiento.

—¿Y el Departamento de Orden Público? —preguntó Joaquín.

—Si vienen a pedirnos cuentas, ¡se las daremos! ¡Ya va siendo hora de que actuemos con vigor! ¡Hemos soportado muchos castigos; si el destino ha puesto fuerza en nuestras manos, utilicémosla contra nuestros enemigos!

»¡La guerra, amigos míos, ha empezado!

Capítulo VI

El coronel Ramos Prado, con un contingente de mil hombres, sitió militarmente el polígono de la Gran Obra, en Valldoreix, apostando vehículos armados con proyectores desintegrantes, cámaras de rayos magnéticos e instalando controles para impedir entrar o salir a nadie.

Después, acompañado por cuatro oficiales, exigió ser conducido ante Laura Boix.

Dentro del polígono, el Cuerpo de Seguridad Especial, con uniformes blancos y armado con fusiles eléctricos y pistolas «láser», obedeciendo las órdenes de su jefe, Joaquín Aiguaviva, dejó pasar a los militares del gobierno y les acompañó hasta el despacho de Laura, la cual se hallaba acompañada por Arturo Lorente y Raúl Fuentes.

—Soy Laura Boix, coronel. Y debo advertirle que esto es terreno privado.

—Represento al gobierno, señorita Boix — dijo el coronel Ramos Prado gravemente—. He recibido órdenes terminantes de ocupar este lugar, desalojarlo y arrestar a todos los dirigentes. Si se niegan, mis tropas atacarán y todo será destruido.

—¡No aceptamos amenazas ni de usted ni de ese gobierno que permite la muerte por hambre de millones de personas! —exclamó Laura con energía—. Lucharemos contra usted, contra sus tropas y contra el gobierno que sólo representa a una minoría privilegiada de acomodados.

»¿Sabe usted lo que estamos haciendo aquí? ¿No? ¡Pues tienen obligación de saberlo, ya que le han mandado arrestarnos y paralizar nuestra labor! ¡Estamos dando de comer a millones de personas de todo el mundo, gastando más créditos de los que pueda tener el mismo gobierno del país, y contamos con una multitud de seres que darán su vida por nosotros, porque, si les faltamos, volverán a la miseria en donde vivían!

»¿Se da usted cuenta de lo que quiero decirle, coronel?

—No he venido aquí a juzgar, sino a obedecer una orden, señorita Boix. No sé lo que hacen ni piensan hacer — replicó

dignamente el coronel —. El comandante militar de esta zona, a instancias del Ministro del Interior, nos ha mandado ejecutar la orden. Nada ni nadie puede hacerme volver atrás, a menos que sean ustedes tan insensatos como para resistirse.

—¡Llámelo como quiera, coronel! ¡Insensatez o hartura; no obedecemos más ley que la de sobrevivir, y lucharemos por ello! ¡El que haya dado esa orden,, que se atenga a las consecuencias!

—¿Es su última palabra? — preguntó Ramos Prado.

—No. Escuche esto, coronel —dijo Laura, volviéndose hacia Arturo y Raúl—. Enviad aviso a los «ghettos», a las factorías de Gerona, Zaragoza y Tarragona. Que se pongan en marcha todos hacia aquí, sin exceptuar mujeres o niños. Necesitamos una multitud de ocho millones de amigos.

«Comunicad también a todo el mundo que la central de la Gran Obra filosófica pretende ser clausurada por imposición oficial y que necesitamos voluntarios para la Gran Cruzada. Que se utilicen los medios de transporte y de aprovisionamiento para que lleguen cuanto antes, de todos los rincones del globo, nuestros camaradas «Inconformistas Euroasiáticos», «Justos», «Reformistas», «Redentores» y «Cruz Roja».

»Dad la voz de alerta en todos los idiomas… ¡Y, por la abolición de la esclavitud y por vuestra salvación, dile a Joaquín que localice a R. Ph. inmediatamente!

—Es inútil que recurra usted a esos métodos, señorita Boix —dijo el coronel Ramos Prado seriamente —. Controlamos las comunicaciones exteriores. Se han creado interferencias para impedir las llamadas por radio. Están aislados y rodeados por mis tropas. Y si no fueran suficiente, pediríamos refuerzos. Por tanto, es inútil tratar de oponerse a la ley. Voy a darles una hora de plazo para decidirse. Si transcurrido ese tiempo no se entregan ustedes y los responsables, ordenaré atacar las instalaciones.

—¡Usted no saldrá de aquí, coronel! —exclamó Laura, poniéndose en pie y empuñando un arma vibratoria que había extraído de un cajón de su mesa—. ¡Queda en nuestro poder como rehén!

—Eso no impedirá que el comandante Martínez, si no regreso, tome el mando y cumpla las órdenes. Confiaba en poder evitar derramamientos de sangre y lamento su actitud poco razonable. Es evidente que quien la ha puesto a usted al frente de esta organización no reflexionó lo desacertado de su elección.

En aquel preciso instante, Joaquín Aiguaviva penetró en el despacho y dijo:

—Acaba de llegar Rama Phoebi. Pero las tropas no le permiten el paso y está retenido en la entrada principal.

—¡Gracias al cielo! — exclamó Laura, lanzando un suspiro—. Escuche, coronel. Ese hombre tiene que entrar en el recinto. Hable usted con él cuanto antes. Es el hombre de confianza dé los promotores de la Gran Obra.

—¿Cómo se llama? ¿Rama qué?

—Rama Phoebi.

—Ese nombre no está entre los responsables que debo arrestar. No se le considera importante.

—¡Al menos déjeme hablar con él! —insistió Laura.

—¡No te humilles, Laura! —exclamó Joaquín Aiguaviva—. Tenemos fuerza suficiente para ahuyentar a todas esas tropas.

—¿La tienen también para detener los proyectiles y cohetes teleguiados que hay dispuestos contra todo esto? — preguntó el coronel Ramos Prado —. No sean chiquillos. Represento al gobierno. Ustedes no son más que un grupo de soñadores, que se ha propuesto cambiar el mundo, cosa que nadie hay capaz de hacerlo.

>.Sin embargo, como debo apurar la negociación antes de emplear las armas, si lo prefieren así, hablaré con ese extranjero. Pero será allá afuera, sin presiones, entre mis tropas. He venido como parlamentario y no se han respetado los más elementales derechos.

—Ahí tiene usted un videófono, coronel —dijo Laura—. Hable con Rama Phoebi desde aquí.

—No. O salgo con mis tropas o no hablaré con nadie más — replicó el militar en tono tajante—. A su debido tiempo, el comandante Martínez actuará según las instrucciones que posee.

* * *

Rama Phoebi, en efecto, había llegado en su platíbolo, acompañado de Marta Noguera.. Pero cuatro aparatos militares le interceptaron, sugiriéndole que se alejara de las inmediaciones. Él, empero, optó por posarse en tierra para enterarse de lo que sucedía.

Y mientras Marta aguardaba en el aparato, Rama pidió ver al jefe de la fuerza, diciendo que su presencia allí era imprescindible.

Por esta causa, y por el retraso del coronel Ramos Prado y su escolta de oficiales, el comandante Martínez accedió a recibir a Rama, el cual fue conducido a su vehículo blindado.

—¿Qué desea usted? ¿Quién es y qué representa usted en esto?

Rama Phoebi concentró su mente en la mirada del jefe militar, un hombre recio, seguro de sí mismo, autoritario y enérgico.

—Disculpe, señor —habló Rama suavemente —. Formo parte de la Gran Obra filosófica que se realiza aquí. Acabo de llegar de viaje y me han obligado a aterrizar.

—Se le ha dicho que se aleje. Ha sido usted quien ha preferido aterrizar. Yo tengo órdenes de no dejar entrar ni salir a nadie de ese lugar, y las cumplo. Mi superior, el coronel Ramos Prado, está parlamentando con los dirigentes de esta empresa. Si no vuelve a la hora que hemos convenido, mis tropas atacarán.

—Ni usted ni nadie hará eso — replicó Rama sin alterarse—. Dígale a su jefe que deseo hablarle.

—Están interceptadas las comunicaciones.

—Envíele, pues, un mensaje.

—¿Quién diablos se ha creído que es usted para venir aquí a darme órdenes? —rugió el comandante Martínez.

Rama avanzó hacia su interlocutor y extrajo un objeto refulgente de su bolsillo, sosteniéndolo en la palma de la mano y dejando que los destellos hirieran los ojos del comandante.

—Vea usted esto, señor. Lo suelo llevar en el bolsillo, envuelto en algodón. Es una piedra preciosísima, cuyos reflejos poseen propiedades extraordinarias. ¿Se da cuenta? ¡Ha quedado usted sugestionado, dominado por el magnetismo de esta luz filosófica.

—¿Qué...? ¿Qué es... eso? —acertó a decir el comandante Martínez, confuso y sintiendo un aturdimiento inexplicable.

—Es una especie de talismán desconocido. Esencia magnética, luz hiperactivada, a la que soy inmune. En cambio, todo el que mira esta luz queda dominado por la voluntad de quien la posee.

»No es magia, comandante. Estoy dominando su voluntad —Rama hablaba cada vez en tono más suave—. A partir de ahora, usted hará lo que yo le ordene. Y, por supuesto, sus tropas no atacarán la

Torre de Hermes ni sus instalaciones auxiliares. Está usted sojuzgado por el «aleph», ¿me comprende?

—Sí — musitó el comandante Martínez —, le he comprendido. ¿Qué quiere que haga?

—¿Dónde está su jefe?

—Ha ido a entrevistarse con la señorita Laura Boix.

—Muy bien. Ahora, usted y yo iremos también. Dé órdenes para que tedas estas tropas vuelvan a su acuartelamiento y se retiren las armas electrónicas.

—Sí, señor.

El comandante Martínez descolgó un auricular que había en su mesa y ordenó:

—Retirada, capitán Morán. El regimiento volverá a su base. Yo voy a entrevistarme con el coronel... Sí, bajo mi responsabilidad. Cumpla las órdenes.

Una vez colgado el auricular, el comandante Martínez se dirigió a la puerta, seguido de Rama Phoebi.

En un vehículo ligero, que el comandante Martínez exigió a sus subalternos, se dirigieron, acto seguido, hacia el lugar donde estaban apostados, en sus garitas de vigilancia, los hombres de la Seguridad Especial, uno de cuyos jefes avisó a Joaquín Aiguaviva de la llegada de Rama Phoebi.

Pocos minutos después, Rama Phoebi y su «involuntario» acompañante, que caminaba sumiso junto a él, penetraban en el despacho de Laura Boix, en donde el coronel Ramos Prado y sus cuatro oficiales quedaron desconcertados al ver llegar al comandante Martínez.

—¿Qué hace usted aquí, comandante? —preguntó el coronel.

—No lo sé, señor. Pero he ordenado levantar el bloqueo y regresar al acuartelamiento.

—¿Cómo?

—Les ruego que me escuchen, caballeros —intervino Rama con voz suave —. El comandante Martínez, al igual que ustedes, no podrán evitar el cambio de planes. Hay fuerzas cósmicas que están por encima de nuestra condición mortal.

»Deben ustedes admitir que, contra la voluntad de Dios, los hombres nada pueden hacer. Y esa Suprema Voluntad está ahora de nuestra parte. Por esa incuestionable razón, el comandante Martínez ha ordenado a las tropas que se retiren.

—¡Pero yo no puedo tolerar una desobediencia tan incalificable y dispongo el arresto inmediato del comandante, al que relevo del mando, para que comparezca ante un Consejo de Guerra! —chilló Ramos Prado.

—Lo siento, coronel. No podía hacer otra cosa — murmuró el comandante.

—¿Por qué? ¿Qué explicación me da usted?

—Yo se la daré, señor —repuso Rama—. El comandante Martínez no está en condiciones de responder con claridad. ¿Me permite usted que salgan de este despacho mis camaradas? ¡Laura, Arturo, Raúl, Joaquín, salid! Yo hablaré con estos caballeros. Es necesario.

Laura pareció vacilar, pero obedeció sin despegar los labios. Los otros también abandonaron el despacho, quedando solos los militares frente a un Rama Phoebi tranquilo, que invitó a todos a

sentarse, a la vez que sacaba de su bolsillo la extraña piedra refulgente.

—Vean esto, señores. Fíjense bien en ello. ¿Qué suponen que les muestro?

—No nos venga usted con trucos, señor Phoebi — habló el coronel Ramos Prado—. Hablemos de lo que nos ocupa... ¿Qué luz es ésa?

— Los destellos de esta piedra maravillosa representan la filosofía de la paz, caballeros —dijo Rama gravemente—. Al igual que el comandante Martínez, están ustedes dominados por el magnetismo que se desprende de ella. Debo advertirles que yo soy inmune a sus efectos.

«Quédense tranquilos, pues, y escuchen atentamente. Ninguno de ustedes puede oponerse ya a mis deseos, que, por otra parte, no son deseos arbitrarios o caprichosos, sino que obedecen a una ley universal establecida desde el principio de la creación.

»La humanidad, caballeros, ha llegado a un difícil extremo de sórdida e injusta desigualdad. Como deben saber, un veinte por ciento de la población humana vive relativamente bien y segura, mientras que el ochenta por ciento, si mis cálculos no son erróneos, se debate en la más espantosa miseria, poseyendo el índice más alto de mortalidad.

«Esta situación se produce desde comienzos de la revolución industrial y técnica, a principios del siglo XIX. Hace doscientos años, aproximadamente, que, a medida que aumenta el crecimiento demográfico, se está produciendo este desequilibrio patente e irrefutable en la distribución de la riqueza, que ahora adquiere, por antonomasia, sentido vital.

«Yo no puedo reprochar a nadie que se defienda, porque nadie es responsable en la actualidad de tal estado de cosas. Es justo, pues, que un cargo, puesto, empleo o fortuna, que significa la supervivencia del que lo posee, se defienda con todas las armas y medios imaginables.

«Ustedes mismos, por ejemplo, representan la fuerza militar, el arma noble al servicio del gobierno que, por encima del .Orden Público, salvaguarda los intereses nacionales y colabora en la seguridad mundial contra motines, rebeliones y sediciones. Por su lealtad, largamente probada e indiscutible, ustedes perciben su paga y gozan de privilegios que les permiten la seguridad y la vida estable.

«Nosotros, yo, y la Gran Obra, no luchamos contra ustedes, ni contra el gobierno que les ha enviado. No queremos más que aliviar

el hambre de los pueblos. Nos proponemos obtener alimentos para dar a los desvalidos y desamparados, sin perjudicar a nadie.

»Hay falsos sabios, sofistas, antifilósofos, comediantes y logreros, ídolos de barro, máscaras negras y hombres con miedo, que han pretendido hacer creer la insensatez del crecimiento demográfico, como explosión aniquiladora de los recursos humanos, cuando estos recursos todavía están por explotar.

»Esos vaticinadores de desastres, falsos profetas, egoístas y miopes, que sólo calculan el futuro por lo que a ellos les puede quedar de vida, sin importarles, en su incalificable egoísmo, lo que sea de sus descendientes, merecen ser repudiados y expulsados de las tribunas públicas, por ciegos, ignorantes y necios,

«Ustedes saben muy bien, porque lo viven a diario, que los acomodados consumen más de lo que sus organismos necesitan, y engordan, enferman, en su orgiástico despilfarro, debiendo recurrir luego a curas de adelgazamiento o a operaciones de cirugía estética y hasta a regímenes estrictos. Todo eso lo ha provocado la irracional actitud del consumo alimentario. Hay, pues, alimentos que se desperdician y se corrompen, mientras que el ochenta por ciento de la población no ingiere lo necesario.

«¿Es justo que se incineren cientos de miles de toneladas de alimentos, considerados como desperdicios, cuando todo eso podría alimentar al resto de la humanidad?

«No es justo. Y ustedes se dan cuenta, porque yo les hago ponderar la realidad, y porque están sojuzgados de tal forma que piensan del mismo modo que yo.

«Ustedes poseen una fuerza incuestionable. Pero hay otra mayor, por encima de los hombres, que es la que yo pretendo utilizar. Dios no ha muerto, siempre ha existido y siempre existirá, aunque nuestro pequeño mundo desaparezca. Él ha creado las leyes naturales y el hombre, egoísta y ciego, ha pretendido ignorarlo.

«Pero como los designios del Altísimo son inescrutables, nosotros hemos de obedecer lo que Él ordenó. Lo dijo en el principio de los tiempos, lo dejó escrito en todas partes, y ni siquiera los ciegos pueden dejar de verlo, porque oyen, palpan y sienten.

«Repito, caballeros, ésta es la filosofía de la paz. Si el hombre mezquino, en su supremo egoísmo, cierra ojos y oídos a la voz que clama en todas partes, nosotros les haremos sentir. Si es oro lo que quieren atesorar, les daremos oro para que vean esfumarse sus riquezas, al valer el oro lo mismo que el hierro.

«Y si pretenden valorizar el trigo, la carne o las verduras,

nosotros cultivaremos y crearemos rebaños para que nadie en este mundo o en otro sienta desfallecer su vitalidad por falta de alimentos. Y más allá aún, si fuera preciso, poseemos medios para hacer vivir diez veces más de lo que se vive ahora, sin necesidad de alimentos.

»Éstas son mis armas, caballeros. Llevo el testimonio de la verdad incuestionable. Ustedes volverán a sus puestos y serán testigos de mi filosofía de la paz.

»Jamás emplearé la violencia, aunque se nos ataque. Y deben perdonar a los que me rodean, por su exceso de celo. Somos humanos y erramos.

»No haré la guerra, porque ello es la negación de la paz y la verdad. Convenceré al mundo por sí mismo. Hablaré a todos. Calmaré las pasiones con la luz filosófica y, tarde o temprano, volveremos a dar gracias a Dios por todo cuanto nos ha dado.

«Llegará el arrepentimiento y el perdón. Habrá justicia y los hombres serán todos hermanos, sin distinción de razas. Incluso llegará el día que los servicios de ustedes no serán precisos. Para entonces, el hombre será responsable, mayor de edad y sabio, habiendo alcanzado un nivel superior y estando más cerca de Dios.

Ninguno de los militares respondió.

Capítulo VII

Rama Phoebi era humano y, como tal, propenso a error. Las leyes naturales le habían sido reveladas en los libros y en la contemplación de la vida que le rodeaba. Era un alquimista auténtico, un adepto iluminado y un sabio perfecto.

Pero... ¡aún tenía que aprender bastante del alma humana! En especial, desconocía esas extrañas pasiones, recónditas e inexplicables, que se producen en los desvaríos de una mente de mujer y donde no existe lógica ni razón.

Después de despedir a los oficiales y al coronel Ramos Prado, que le prometieron su más leal colaboración y una entrevista con el Ministro del Ejército, Rama Phoebi se enfrentó con el Consejo Ejecutivo de la organización creada por él.

Y allí fue Laura Boix su principal antagonista.

— ¿Qué has hecho, Rama? Se han ido, a pesar de traer orden de arresto contra nosotros. No sé lo que les has dicho. Pero sé muy bien que vendrán otros. Tienen proyectiles y cohetes apuntándonos desde grandes distancias.

»Es posible que ese regimiento sea disuelto y sus jefes procesados por desobediencia. Pero hay muchas más tropas, tanto aquí como en Europa, África y América.

»Se han propuesto eliminarnos y lo conseguirán, si no nos defendemos acertadamente. Vendrán más, nos atacarán, nos destruirán... ¡Y toda nuestra obra se habrá malogrado!

»Ha pasado la hora de las palabras, Rama. Hemos de actuar. Arturo Lorente estuvo a punto de morir. Nuestro Departamento de Trabajo ha perdido a su jefe. Nos están atacando de diversas maneras, tratando de sabotear nuestros repartos y enemistarnos con la gran masa de hambrientos, si los alimentos que damos causan la muerte de algunos miles de seres.

»Saben que somos un peligro y quieren anularnos. Recurren a todos los medios habidos y por haber, y a la maldad y la muerte en especial. ¡Nosotros hemos de hacer lo mismo!

—No, Laura — replicó Rama Phoebi suavemente—. Nosotros no haremos eso. Si matamos, herimos o causamos daño a alguien, nos

convertiremos en lo mismo que son ellos.

—¿Hemos de soportar todas sus afrentas, dejarnos avasallar, como ha ocurrido siempre, por miedo o por impotencia? ¡Ya no somos impotentes, Rama! Tenemos un cuerpo armado que podemos convertirlo en un ejército en cuanto nos lo propongamos.

—Olvida el rencor. Sé que has sufrido mucho, Laura. Tu temperamento te ha llevado siempre a la primera línea de combate. Sé que el hombre que amabas, Jorge Nolla, fue muerto al tratar de escapar de un campo de internamiento.

—¡No te permito que mezcles el nombre de Jorge en esto! —gritó Laura—. Si él estuviera aquí, ya habríamos acabado con esa deleznable chusma egoísta y cobarde… ¡No debes humillar su sagrado recuerdo!

—Lo siento, Laura. No he querido ofenderte. — Rama se volvió a los demás miembros de la reunión—. Será mejor suspender la asamblea. Deseo hablar con Laura en privado. Nos volveremos a reunir esta tarde.

—¿Por qué? —preguntó Laura—. Yo presido esta reunión. Tú no puedes dar órdenes, a menos que reveles públicamente lo que…

—¡Basta, Laura! —exigió Rama en tono tajante pero sereno—. Hablaremos en privado. Estás excitada por lo ocurrido. Te ruego que ordenes la suspensión de la asamblea. Por la tarde, más serenamente, continuaremos.

Arturo Lorente, que sabía casi toda la verdad, fue el primero en levantarse de su asiento seguido de Marta Noguera.

—Sí, nos reuniremos luego — dijo Arturo.

Laura Boix pareció querer decir algo, pero la mirada de Rama, fija en ella, la contuvo. Hizo un gesto y los miembros de la asamblea empezaron a desfilar. Cuando quedaron solos, cada uno sentado en su sillón, en el amplio salón de conferencias, Rama dijo:

—¿Qué te pasa, Laura? ¿Has perdido la fe en mí?

—Sí. No creo que seas capaz de ayudar a la humanidad con esas tácticas.

—¿Qué ocurriría si empleamos las tuyas? En caso de haber supervivientes, la humanidad volvería a la Prehistoria, con olvido total del progreso y la técnica, cuando ya estamos explorando el universo.

—¿Por qué se pierde el tiempo en esos planetas cuando hay tanto que solucionar aquí?

—Es un camino natural de la evolución. Nuestro destino es universal.

—Y si encontramos otras razas, ¿vamos a enseñarles nuestras

miserias? — gritó Laura.

—No las hemos encontrado aún. Pero lo que tú llamas miserias están a punto de terminar.

—¡Palabras, promesas sin cumplir! ¡Y yo quiero hechos, Rama!

—Los hechos que tú propones no son adecuados. Si la humanidad ha esperado tantos siglos para llegar a este momento, puede esperar unos años más para que todo se solucione satisfactoriamente.

—¡Por el camino que tú propones no se solucionará nada! —chilló Laura —. Lo que tú haces es esconderte, irte por ahí con Marta Noguera, ¡el diablo sabe dónde!, mientras que nosotros nos quedamos aquí, inscritos en una lista negra, amenazados de muerte.

—No corres ningún peligro, Laura.

—¿No? ¿Y el pobre Agustín? ¿Y los hombres que escoltaban a Arturo?

—Hablemos de todo eso, pero con calma, Laura. No quiero perder la confianza que tengo en ti. Tienes corazón de luchadora, pero eres demasiado impulsiva. La muerte de unos cuantos no significa nada. Morirán más posiblemente. Las guerras, por pacíficas que sean, no se ganan sin bajas. Y lo que yo pretendo es reducir todo lo posible el número de las bajas. Porque si la victoria se consigue con el sacrificio de muchos, no es aconsejable ni humano continuar la lucha.

—¡Pero si todavía no ha empezado!

—Escúchame, Laura. He traído algo del lugar donde he estado estos días con Marta, como bien has señalado con cierta intención. De eso ya hablaremos. Veamos ahora lo que he traído. Es una especie de talismán sagrado y poderoso, que me ha permitido solucionar favorablemente la primera escaramuza.

»Esa piedra emite destellos luminosos. Quien la ve queda sojuzgado y no posee más voluntad que la influida por mí. Yo podría mostrarte esa piedra y hacerte comprender. Pero no sería justo, ni noble por mi parte, debido a que nosotros estamos unidos por lazos profundos, lazos de hermandad, fraternales.

»Por tanto, debes recapacitar y comprender por ti misma. Ver con tus propios ojos, porque así te elevas sobre los demás.

»Lo que te ocurre es que has luchado mucho y sin esperanza. No has visto más que negrura, sombras, como si desde el Más Allá, alguien estuviera atrayéndote. Y yo quiero retenerte, abrir los ojos de tu mente y hacerte comprender que no es con armas ni con violencia como hemos de conseguir el triunfo.

«Predicamos la justicia, la verdad, la paz. Hagámosla; que sea

nuestra vida un ejemplo.

—¿Qué ejemplo puedes darme tú, que te ocultas para satisfacer tus pasiones? ¿Crees que no me he dado cuenta de lo que hay entre tú y Marta?

En aquel momento comprendió Rama que ignoraba muchas cosas del corazón femenino.

—¿Qué sospechas, Laura?

—Te lo voy a decir sin rodeos. ¿No quieres la verdad al desnudo? ¡Sé que Marta es tu amante!

Rama abrió la boca anonadado.

—¿Cómo puedes decir eso, Laura? —preguntó él, al cabo de unos segundos, medio levantándose de su asiento.

—Las mujeres tenemos ojos especiales para estas cosas. ¿O lo vas a negar?

—Escucha, Laura; me desconciertas. Había olvidado que somos de carne y hueso y que tratamos con personas, no con dioses. No te niego que Marta sentía algo más que afecto por mí. Y como la aprecio, he tenido que satisfacer ampliamente sus deseos, para conservar todo lo bueno que hay en ella.

—¡Ah, lo admites! —exclamó Laura en un tono insólito, donde parecía vibrar el despecho de los celos.

—Prefiero no hablar de esto, Laura. Marta necesitaba… cierto tratamiento. Lo suyo era una enfermedad pueril, sanada de la cual, colaborará estrechamente en nuestra obra sin desviarse jamás.

—¿La has transformado en una autómata? —pareció burlarse Laura.

—No ironices, por favor. No creo que estés en la misma situación que ella. Eres demasiado altiva para dejarte dominar por las pasiones absurdas. Tu pasión es la lucha, la guerra, la violencia, debido a los vejámenes que has sufrido. Deseas venganza, revancha, desquite. Y eso, querida amiga, no lo hallarás aquí.

—¡Pues renun…!

—¡Basta! —gritó Rama poniéndose en pie y avanzando hacia ella—. Tienes que olvidar a Jorge Nolla. Él ha muerto ya. Morirán otros por la misma causa. Y nosotros olvidaremos y perdonaremos… ¡Pero conseguiremos nuestros propósitos!

—Si no nos destruyen antes.

—Eso no sucederá.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Lo estoy por todo lo que sé. Pero más seguro estaría si quieres ayudarme fielmente. Te necesito, Laura. Necesito a todas las personas que, como tú, sienten esas ansias de justicia y libertad. Lo

demás no importa.

»Y si no fuera porque te quiero libre, te mostraría la luz filosófica que convierte la voluntad de los demás en un doble de la mía.

Laura presintió algo sobrenatural en las palabras de Rama. Y por vez primera, la impresión inconcreta del miedo y la sumisión la dominó.

—¿Quién eres, Rama?

—Un hombre.

—¿Y cuál es tu poder?

—El que proporciona el saber la verdad.

—¿Eres de... este mundo?

—Lo soy. Pero trato de acercarme al universo, del que formamos parte infinitesimal.

—¿Tan seguro estás del triunfo?

—Tan seguro como hay luz y verdad.

Laura bajó los ojos y guardó silencio unos instantes. Luego suspiró y dijo:

—Está bien, Rama Phoebi. Haré lo que tú digas. Presiento que no me engañas.

—Gracias, Laura — dijo Rama, acercándose a ella—. Nos conocimos hace meses en circunstancias extrañas, ¿recuerdas?

—No me lo recuerdes — dijo ella sonrojándose.

Rama extendió la mano, asió su barbilla con el

índice y el pulgar y la obligó a levantar el rostro, mirándola intensamente a los ojos.

—Quisiera ser más humano de lo que soy para hacerte olvidar al hombre que perdiste, Laura. Sé que sufres mucho por ello. Pero el destino ha podido intervenir para que no te sacrifiques inútilmente, como él. Yo sé que todo saldrá bien, pero debes tener fe en mí.

—¿Es que viviré suficiente para ver el mundo cambiado?

—Hay muchas formas de vivir, Laura. La más digna es hacerlo sin rencor ni egoísmo. Eso agrada a Dios, que en su omnipresencia, conoce el pasado, el presente y el futuro de todos nosotros. Debemos reverenciarle, amarle y respetarle. En Él amaremos a todos nuestros semejantes, sus hijos y nuestros hermanos.

—Rama, ¿es eso cierto? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Sí, lo es.

—Entonces, ¡haz que sienta como tú, inflúyeme con tu piedra mágica, como has hecho con esos oficiales! ¡No deseo continuar en el tormento de la duda!

—No, querida Laura. Tu voluntad ha de ser libre. Debes creer

por ti misma, tener fe auténtica y no prestada. Así te liberarás de la ignorancia.

Laura se había levantado. Sus manos asieron los brazos de Rama y sus ojos parecían beber las vibraciones de las palabras de él.

—Estaba celosa, Rama... ¡Me desprecio por haber dudado de ti!

—¡Pobre Laura, qué frágil eres a pesar de tu entereza!

Estaban sus rostros tan cerca que sus alientos se confundían.

—Rama, si eres de carne y hueso, si sientes algo por mí... ¡bésame! ¡Lo necesito tanto!

—Sí, Laura — murmuró él, inclinando sus labios sobre los de ella.

Una chispa ígnea, bienhechora, se intercambió entre ambos. Aferrado al cuello de Rama, la mujer sintió elevarse hacia infinitas alturas maravillosas, donde la luz y la verdad del amor ofrecía todo el encanto que las sombras de la oscura tierra no podía eclipsar.

Laura había amado antes. Pero todo se esfumó ante aquel encuentro increíblemente bello y hermoso que la hizo musitar, extasiada:

—¡Rama, creo en tu Dios!

—¡Él ha iluminado tu mente, Laura! Ahora serás feliz.

—Sí... ¡Sí, sí, sí! ¡Lo deseo con toda mi alma! ¡Amor mío, mi bien!

* * *

Era otra Laura Boix la que fue al encuentro del grupo de compañeros que esperaba en el vestíbulo aún sin concluir de la Torre de Hermes. De su semblante parecía brotar una aureola de optimismo y dicha que sorprendió a casi todos.

—¿Qué te ocurre, Laura? —preguntó Marta Noguera.

—Rama ha abierto mis ojos, querida Marta. Ahora todo me parece distinto.

Marta abrazó a su amiga y declaró:

—¡Sama es un hombre extraordinario! ¡Ahora no dudo que sea capaz de cambiar el signo de la humanidad!

—Sí, lo logrará. Pero hemos de ayudarle. Nos necesita a todos. No debemos preocuparnos ni siquiera de la muerte. Antes, cuando no teníamos su ayuda, corríamos mucho más riesgo que ahora, sin posibilidad de éxito. Frecuentemente se nos internaba y se nos tatuaba la frente para una temporada.

«Hombres como Jorge y Ramón Rivas murieron por una causa perdida de antemano. Pero ahora, aunque tuviéramos que morir todos, tenemos el triunfo en nuestras manos... ¡Con Rama Phoebi

conquistaremos el corazón de los hombres!

Aquel nuevo espíritu combativo y entusiasta que animaba a Laura causó impacto entre sus compañeros.

—¡Lucharemos! —exclamó Arturo Lorente—. Nadie nos puede vencer.

Por su parte, al dejar a Laura, Rama Phoebi se dirigió al pequeño despacho que tenía en la Torre de Mermes, donde se encerró a reflexionar durante una hora.

Luego, descolgó el auricular del videófono, y pidió :

—Quiero comunicarme con el Jefe Superior de Orden Público de la Comunidad Europea... Sí, el señor Hans Batsdorf.

Hubo un intercambio de líneas, hasta que surgió el rostro de una agraciada recepcionista, que preguntó :

—¿Cuál es su nombre?

—Rama Phoebi.

—¿Y el motivo de su llamada?

—Dígale que soy el jefe de la Gran Obra filosófica. Es importante.

La recepcionista, impasible, asintió.

—Aguarde un instante. Si se acepta su entrevista, le comunicaré fecha y hora de contacto. No se retire, por favor.

—Disculpe, señorita. Indique claramente que deseo verle ahora mismo. Mañana sería tarde para todos.

La recepcionista pareció sorprenderse, pero no contestó. Su imagen desapareció de la pequeña pantalla y ya no apareció más. La sustituyó, un minuto después, el semblante de un hombre uniformado.

—¿Señor Rama Phoebi? —preguntó aquel individuo.

—Sí.

—Le comunico con el jefe Batsdorf.

—Gracias.

Efectivamente, un hombre de cabellos grises, rostro redondo y ojos abultados por las gruesas lentillas, apareció inmediatamente en la pantalla.

—¿Es usted Rama Phoebi? ¡Menudo revuelo está usted armando! ¿Cómo lo ha conseguido?

—Poseo medios muy persuasivos. Quiero contar con la ayuda de usted y su organismo.

—¡Hum! Eso es muy delicado. ¿Por qué no viene a París, y hablamos detenidamente?

—No puedo. Lo siento. Quiero protección para todos mis colaboradores. La pagaré en oro.

—No se trata de eso. Quisiera estar seguro de que logrará usted su propósito.

—¿Lo duda, señor Batsdorf? ¿Qué es lo que ha creado la situación actual? Yo lo sé y usted también. Hay miedo, miedo general y colectivo. Miedo ancestral. Sólo a los suicidas y a los locos no les importa el futuro. Ayúdeme, señor Batsdorf, o será usted destituido. Yo no aspiro a gobernar nada. Todo seguirá igual, pero desaparecerá el miedo. ¿Me comprende?

—Le comprendo, señor Rama. No tengo elección. Estaremos con usted. ¿Cuántos hombres necesita?

—Todo el Orden Público europeo, señor Batsdorf.

Capítulo VIII

Una sacudida telúrica pareció agitar el mundo civilizado, desde España a Japón. El mundo entero se estremeció ante la noticia aterradora que divulgó de todas las ciencias».

«¡El oro es tierra! ¡Los metales simples son compuestos! ¡No hay más materia que el átomo de hidrógeno! ¡La vida mineral, una verdad demostrada!»

Y la más extraña, incomprendida y discutida de todas las noticias fue: «La alquimia filosófica, madre de todas las ciencias.

»Un hombre ha roto el silencio de milenios, revelando el secreto de los alquimistas. La cábala hermética ha quedado al descubierto.

»Como se venía sospechando, la Gran Obra filosófica es la realización de un alquimista llamado Rama Phoebi, quien ha dedicado veinte años de su vida a estudiar los secretos que conservaron durante siglos los investigadores químicos antiguos.

»Rama Phoebi ha demostrado ante una comisión científica que los metales pueden "regenerarse", que la materia fue, en principio, lo que se conoce como hidrógeno, y que el atomismo es el origen de la naturaleza.

»Ante los atónitos ojos de eminentes sabios, un hombre oscuro, casi anónimo, ha transmutado los metales vulgares en oro, plata y rutenio. Una vasija hermética, conteniendo oxígeno, se ha convertido en un frasco de cloro...»

Las noticias continuaban en todos los tonos y lenguas. Las había que aseguraban seriamente que Rama Phoebi revivía los cadáveres, y que las enfermedades quedarían todas eliminadas con el elixir de la felicidad.

Todo esto, sin embargo, no era más que una gigantesca especulación informativa. Las noticias oficiales habían sido más escuetas. Y, efectivamente, Rama Phoebi había realizado una transmutación metálica en la Universidad de Barcelona, delante de un grupo de científicos elegidos por el gobierno.

A consecuencia de ello, Rama Phoebi se había trasladado a París, donde se encontraba reunido con altas personalidades de la política, la ciencia y la economía mundial.

Laura Boix, ataviada con un sencillo traje plateado, se encontraba a su lado y actuaba como secretaria. Ella grababa la disertación que hacía Rama a tan altísimos personajes, entre los que estaba el Presidente del Parlamento Europeo, el Director General del Tesoro, los Consejeros de Hacienda, Ciencias, Seguridad, Trabajo, etc.

En total, rodeando una mesa oblonga, se sentaban en tomo a Rama, dieciséis relevantes personalidades, que representaban la potencia administrativa de mil millones de seres.

—Mi teoría — empezó diciendo Rama Phoebi — es muy simple. Los alimentos naturales son más difíciles de obtener que el oro, cuyo patrón establecieron nuestros antepasados dada su escasez.

»Hay más arcilla en el mundo que oro. Yo puedo convertir toda esa arcilla en oro, y no emplearía más de diez años de trabajo. En esos informes que han leído tienen la prueba.

Hubo un murmullo de asentimiento entre los reunidos.

Rama continuó:

—Y si realizo esa obra, la riqueza sufrirá un notable cambio. Los más afortunados poseedores de oro se encontrarán con que sólo están atesorando tierra, sin valor alguno. Eso significa descalabro económico, ruina.

»Contra eso lucharían muchos potentados. Es ley de vida y ley de supervivencia, y soy el primero en reconocerlo. Pero ya es tarde para cerrar mis labios. Las fórmulas están a punto de ser divulgadas, cualquier campesino hambriento podrá, dentro de poco, tomar un puñado de barro y transmutarlo en oro, con el que acudir al comercio y adquirir el pan y la carne qué necesitan. Lógicamente, el abundamiento de oro encarecerá los artículos de primera necesidad. Habrá una escalada gigantesca, una convulsión económica y el desajuste será catastrófico.

»Éstas son armas pacíficas. Las otras son también evidentes. Nosotros nos reservamos el secreto, adquirimos la riqueza mundial y trastocamos los liderazgos. El ochenta por ciento de la humanidad está en la miseria. La desproporción es enorme y si alentamos la subversión, todo el sistema actual se desmoronaría.

—En esos propósitos hay agresión, señor Phoebi — indicó un consejero.

—No, ¡por Dios, señor Philby! —replicó Rama—. Mi propósito es enteramente pasivo. La humanidad está al borde de un cataclismo apocalíptico; eso es evidente. Tratar de ignorarlo, como se ha hecho hasta el presente, es necedad.

»Yo sé bien que la condición del hombre es compleja. Pero el

índice medio de esas condiciones son normales. Den seguridad al hombre y perderá el miedo. ¿A qué aspiran ustedes? ¿A estar por encima de los demás, a ser los más fuertes? ¡Disculpen, no pretendo ser grosero! Actúan por autodefensa. Prefieren más gobernar que ser gobernados. Valen más o han tenido más suerte que todos los que hay por debajo.

»Perfectamente. Ese orden jerárquico es sólo humano. No es natural. Una roca no se queja de tener otra roca encima. No le importa. Todo cumple su función.

»Pero ustedes no han sabido, o no han podido, solucionar un mal endémico que ya heredaron así. Carecen de recursos para lograrlo. Se han limitado a continuar por un camino similar al de sus predecesores. El que venga detrás lo arreglará, se han dicho todos, y el problema ha continuado ahí, con el inconveniente del empeoramiento.

»La muerte de millones de seres que, según ciertas teorías falsas, no debían haber nacido, no inquieta mucho. Lo importante es la continuidad, la seguridad de los coeficientes mentales altos. Las oportunidades son reglas de azar, y los que hoy gobiernan pueden ser gobernados después, incluso internados o encarcelados. Eso crea inseguridad y miedo.

«Ustedes tienen que desterrar esos morbosos síndromes sociales, ¡porque si no lo hacen ustedes lo haremos nosotros!

Con voz reposada y grave, sereno, seguro de sí mismo, el Presidente del Parlamento Europeo, Maximilian Hoffman, declaró:

—¿Cree usted que no nos habría agradado hacerlo, señor Phoebi? Pero ¿y América? ¿Y Australia? ¿Y África? ¿Sabe usted con exactitud cuál es nuestro índice de seres en desamparo? Muy bajo. Y le diré más. Hay un veinticinco por ciento de la población total que goza de seguridad, digamos temporal. Hay otro veinticinco por ciento que vive sin comodidad, por decirlo en términos convincentes. El restante cincuenta por ciento se subdivide en tres categorías. La primera obtiene cierto tipo de ayuda para subsistir. Poseen viviendas, más o menos vetustas, en los medios rurales, y muchos de sus hijos se sitúan en bien remunerados puestos de trabajo.

«Existe demasiada indolencia en ese primer grupo. El segundo ya está más descuidado, por desidia propia. Son gente poco adicta al trabajo, amiga del alcohol, la molicie y el parasitismo. Pero un gran número reacciona y se instala, no sin lucha y esfuerzo, porque la vida no es fácil ni siquiera aquí.

»Y la tercera parte reúne en sí todos los defectos, vicios innobles,

inmoralidad, molicie absoluta, contestatarios a los que yo situaría en puestos de responsabilidad para que vieran su propio error.

«Ésa es la condición humana, señor Phoebi — terminó el Presidente—. ¿Cree usted que merece la pena sacrificarse por esos individuos?

—Con el debido respeto, señor Presidente —repuso Rama con dignidad—, esos infelices no eligieron su nacimiento. No pidieron venir a este mundo. Los trajo esa ley natural, creación de Dios, y cuyos designios no podemos discutir, y por sí propio o por el ajeno, se encuentran desamparados. Bien es cierto que la muerte se los lleva, ya que nosotros no queremos aceptarlos, porque nos repudian; pero cada vida que se pierde de ese modo es una acusación contra todos nosotros, un grito angustioso a nuestras conciencias.

»Yo no me arrogo el derecho de salvar a la humanidad. No acuso a nadie, caballeros. Soy un siervo de Dios que tengo en mis manos el medio de acabar con lo que atenta a mi conciencia. Y lo empleo por considerarlo de derecho. Es mío, lo he obtenido yo, con mi esfuerzo y sacrificio, y puedo hacer lo que quiera con ello.

—Siempre que no perjudique a otros.

—Ésa es una consecuencia inevitable, señor consejero de Hacienda —contestó Rama—. La actitud de ustedes, protegiendo la propiedad de unos cuantos, atenta contra esos millones de seres desvalidos. Y si lo que hacen unos está en la ley, y la misma actitud en otros está fuera de la ley, habré de interpretar que esa ley es injusta.

Se oyó un murmullo de aprobación entre la mayoría de los reunidos. También hubo rumores de disconformidad. El Presidente intervino y puntualizó:

—Indiscutiblemente, señor Phoebi, es usted un hombre extraordinario. No puedo ocultar la admiración que siento por usted. Y por eso deseo hacerle una observación. ¿Qué ocurrirá cuando todos los hombres se sientan seguros o hayan perdido su miedo, como usted dice? ¿Cree usted que yo tengo necesidad de asumir la tremenda responsabilidad de mi cargo, pudiendo dedicarme al ocio y al recreo, puesto que usted y su Gran Obra me proporcionan los medios para subsistir a mí y a los míos?

Rama sonrió y dijo una vulgaridad aplastante:

—No sólo de pan vive el hombre, señor Presidente. Ahorrémonos el rubor de esos cadáveres que claman a nuestras conciencias. Que nadie muera de lo más elemental, que es el alimento necesario para subsistir. Luego, hagan leyes que no sean

las que han regido el mundo hasta ahora.

»Si un ser no ha pedido venir a este mundo, que se quede hasta que Dios decida su marcha.

—¡Dentro de veinte años seremos veinte mil millones de seres sobre este planeta, señor Phoebi! — exclamó un consejero.

Rama se levantó y clamó airadamente:

—¡No sé si miente usted por ignorancia o con intención, señor Waski! ¡Dentro de veinte años, en efecto, podrán ser veinte mil millones de seres los que compongan la humanidad, pero no forzosamente han de hallarse todos viviendo en la Tierra! ¡El planeta Venus puede ser habitado si nos aclimatamos a él! ¡Y le diré que nuestros antepasados llegaron de otros planetas, al sentirse oprimidos por la superpoblación! ¿Sabe usted cuántos mundos susceptibles de ser habitados existen en el universo, señor Waski?

Ante esta réplica tan fulminante, el consejero Waski se replegó, pero aún dijo:

—Para resucitar el mito divino, esos cristianos no han podido elegir mejor abogado.

—¿No posee usted acciones en la compañía «Río Palma» de Málaga, señor Waski? —preguntó Rama Phoebi maliciosamente —. Si mis informes no son incorrectos, su nombre figura entre los accionistas de esa deleznable compañía alimenticia, y me consta que es usted amigo de Marcos Caparros.

—¿Qué insinúa usted? —preguntó el consejero.

—Insinúo arsénico para repartir con el azúcar, señor Waski.

—¡Esto es intolerable! ¡Exijo una explicación correcta!

—Haré que se la den por vía legal, señor Waski. El Jefe Superior de Orden Público ya está investigando personalmente ese asunto.

—¡Usted está loco! ¿Qué tiene que ver esa velada amenaza con las serias cuestiones que tratamos de dilucidar aquí?

—Lo sabrá a su debido tiempo, señor consejero

—repuso Rama—. Ahora podemos seguir tratando del tema. Mi propuesta está hecha. De ustedes depende que se acepte o no. Yo, mientras tanto, seguiré repartiendo alimentos y creando puestos de trabajo. No me detendré hasta que todo el planeta se rija por normas cristianas, de las que jamás se debió nadie apartar.

—¿Pretende también resucitar el mito religioso?

—preguntó otro consejero.

—La verdad está en Dios, señor. Todo el mundo es libre de aceptarlo no, ni yo negaré el alimento a un ateo. Pero si cumplimos leyes creadas por el hombre, ¿por qué no aceptar las leyes divinas, que son más perfectas?

* * *

Después de la conmoción creada por los medios informativos en torno a la Gran Obra y a su personaje principal, el mundo vio, aterrado, cómo los Presidentes de las Federaciones internacionales se reunían en la isla artificial atlántica de Sakkra, y firmaban un documento extraordinario, por el que se concedía a Rama Phoebi la Primera Presidencia Parlamentaria Mundial.

¡Al fin, sin guerras, el mundo entero se unía bajo un mando único!

Sin embargo, Rama Phoebi rehusó tal honor y conversó personalmente con todos los presidentes dimisionarios, logrando que se .realizara la integración de forma más democrática, para organizar un referéndum universal.

Así se convino y se preparó todo.

Mientras, Rama Phoebi y Laura Boix realizaron un viaje alrededor del mundo, creando innumerables factorías de la Gran Obra, cuya sede central continuaba situada en Validoreix.

En Calcuta, ciudad de origen de Rama Phoebi, se le tributó un recibimiento apoteósico, al que acudió más de cincuenta millones de personas.

Por medio de megáfonos instalados en las calles. Rama habló en su lengua nativa, diciendo entre otras cosas:

— Los espíritus se cultivan mejor cuando no hay hambre. La capacidad intelectual del hombre es inagotable y hace tiempo debió demostrar la humanidad que es la inteligencia la que moldea la materia, la transforma y hace de la energía nuestra esclava.

»No debe haber terror en los corazones. La aventura del hombre es inmensa. Empezó con el principio del todo y no acabará jamás, porque en el Todo está el Ser Supremo, nuestro Creador.

»La India ha sido siempre un pueblo acentuadamente místico y religioso, al que Occidente ha empezado a comprender hace poco tiempo. Yo soy hindú, como la mayoría de vosotros. Pero también soy humano, un espíritu sin fronteras. Y ahora vivimos casi todos unidos.

»No podemos aceptar las castas oprimidas ni privilegiadas. Ese concepto medieval tiende a desaparecer, forzado por los acontecimientos del presente.

»No estamos ahogados, ni amenazados más que por los peligros naturales e inevitables que todavía no hemos aprendido a dominar. Vivimos y debemos morir, pero con dignidad y respeto.

»Si despertamos a esta nueva conciencia, si admitimos una sociedad renovada, si ayudamos al caído y le levantamos, haremos

posible que surjan mares de agua limpia en la Luna, en Marte y en otros planetas que creíamos muertos.

»Se ha dicho que esto no era posible. Lo han afirmado los que estaban convencidos de ello. Pero alguien surge ahora y demuestra todo lo contrario. Se estaba en el error. La vida del hombre no empieza y acaba en la Tierra, porque tuvo su origen en mundos que ya no existen y se prolongará al Más Allá, a planetas que ni siquiera se han formado.

»Quiero hablar de lo que yo he aprendido en los libros de los maestros olvidados, aquellos que fueron combatidos, escarnecidos y hostigados por la violencia ciega.

»He sabido, por ejemplo, que todo posee vida. Tomad una simple piedra del suelo, un guijarro, y contempladla atentamente. Observaréis que el calor la dilata y el frío la contrae. Ese fenómeno lo produce la luz, la cual activa el calor que es la esencia misma de la vida.

»Un guijarro puede descomponerse, combinarse,

regenerarse, modificar la estructura de que está hecho, y entonces deja de ser un guijarro para ser otra cosa, útil o inútil, según nuestras necesidades.

»Nuestro mundo se compone de átomos de hidrógeno, mezclados entre sí de forma que componen la tierra y el agua. Por encima está el aire, un gas vital para nosotros, que hemos considerado siempre como una mezcla de gases, en los que interviene el oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno, el helio, etc. Pues yo os digo ahora que todo es lo mismo y que lo mezcla y lo combina la luz, el fuego magnético que desprende el gigantesco astro frío al que llamamos sol.

»¿Por qué ha de ser caliente el sol? ¿Acaso las partículas magnéticas producen el fuego? Hay un error tremendo en todo eso. Los sentidos nos han engañado muchas veces. No hay fuego en el sol, sino radiaciones que se propagan por el espacio. Y en el alambique extraordinario de la Naturaleza se combinan todos esos elementos naturales, surgiendo todo aquello que nos es propicio para la vida, tal y como la concebimos aquí.

»La vida, por tanto, seguirá existiendo en condiciones diferentes, aunque nosotros habremos de adaptarnos a elfo.

»Hay que estudiar, profundizar en los misterios maravillosos de la Obra divina. La alquimia no es una ciencia, sino un arte. Y el artista utiliza su sensibilidad espiritual, que es lo más valioso que posee el hombre, en beneficio de su propia expansión cósmica.

Rama Phoebi habló durante una hora. Aceptó una invitación de

los más altos dignatarios del país, quienes quisieron honrarle con los más prestigiosos galardones. Él, modestamente, rehusó a todo. Pero aceptó donativos para su Obra.

— Todo lo que me deis no lo quitaré yo a los que lo poseen. Fabricaré menos oro porque estos donativos ayudan. Y creedme. Tomad sólo lo necesario para vivir. Más de lo necesario, es malo; menos, también.

Sin embargo, no en todas partes fue acogido Rama Phoebi de igual modo. En Sidney, Australia, al descender del aerobús, un agente de Orden Público, confundido entre la multitud, disparó un rayo desintegrante contra él.

Y con el pecho perforado por el hilo de fuego, Rama Phoebi se desplomó en brazos de Laura Boix.

La confusión que reinó a continuación fue indescriptible.

Capítulo IX

—Lo siento profundamente… ¡Pero este hombre ha muerto! —afirmó el doctor Harding en tono solemne y con voz trémula por la emoción.

Laura Boix tomó del brazo al director de hospital Memorial y le apartó del foco de la cámara de televisión. El intérprete no se despegó de la joven.

—¡Dígaselo, Vázquez! ¡Por el amor de Dios, dígaselo!

Ángel Vázquez hablaba correctamente inglés. Laura le había dicho minutos antes que era preciso operar a Rama Phoebi y componer el desgarro producido por el rayo láser.

—Escuche, doctor Harding — habló el intérprete —. La señorita recibió instrucciones del propio Rama Phoebi, para sí ocurría un caso como éste. No debe hacer caso al encefaloscopio, ni siquiera al cardiograma. Evidentemente, Rama Phoebi está muerto.

»Pero si le atienden ustedes como si viviera, ella sabe lo que debe hacer para reactivar la vida de ese hombre.

Harding quedó asombrado.

—¿Me quiere usted hacer creer que es posible devolver la vida a Rama Phoebi? He oído decir que es un hombre extraordinario, pero no hasta ese extremo.

»No. La muerte ha sido instantánea. El disparo fue certero. Nada de este mundo puede devolverle ya la vida.

Vázquez se volvió a Laura y tradujo las palabras del médico. Pero ella insistió obstinadamente, mostrando una pequeña libreta de plástico, donde aparecían numerosas anotaciones.

—¡Está aquí escrito! ¡Él me dictó estas instrucciones! ¡Tienen que hacer lo que él dispuso, o me llevaré el cuerpo a Europa, donde se realizará la operación!

Traducido esto, Harding se encogió de hombros.

—Hagan lo que quieran. Rama Phoebi ha muerto.

Laura no quiso perder más tiempo y abandonó el quirófano, donde quedaba la guardia personal de Rama Phoebi, que ahora se cerró en torno al cuerpo inerte del alquimista, siguiendo órdenes de Laura.

En media hora se preparó todo. En Barcelona se movilizaron todas las fuerzas disponibles, zumbaron las ondas hertzianas y se dieron instrucciones concretas. Un cohete de propulsión neutrónica se dispuso para ser enviado con el cuerpo. Era el medio más rápido de transporte.

En la Torre de Hermes estaba ya reunido un equipo de cirujanos, con el instrumental quirúrgico electrónico más moderno. Recibieron imágenes del atentado, la caída y la inspección que, ante las cámaras de televisión mundial, realizaron Harding y su equipo.

Con todo aquello, los médicos elegidos se dispusieron al trabajo.

En una hora, el cuerpo llegó al quirófano de la Torre.

Sin pérdida de tiempo, el equipo se puso a trabajar. Allí no había testigos indiscretos. Todos eran hombres de la máxima confianza, elegidos y clasificados por el propio Arturo Lorente, que estaba secundado por la jefatura europea de Orden Público y la Presidencia del Parlamento.

Pero nadie, excepto Laura, Marta y Arturo, penetraron en el quirófano, donde los cirujanos operaban un cadáver. El jefe del equipo, un famoso operador español, llamado Antonio Caselles, de fama internacional, sabía que estaba actuando sobre un cuerpo sin vida.

—Los desgarros pueden ser reparados — dijo Caselles a Laura, minutos antes de iniciar la operación—. Pero no veo cómo hacer reaccionar el organismo.

—De eso no debe usted preocuparse, doctor —replicó Laura—. Yo tengo instrucciones concretas al respecto.

—¿Para reactivarle?

—Si quiere que le sea sincera, no lo sé. Él me dictó esas órdenes, para el caso de que ocurriera lo que ha ocurrido. El propósito de esto escapa a mi Comprensión.

»Sin embargo, debo cumplir sus instrucciones al pie de la letra. Es un ser extraordinario y el resultado final veremos cuál es.

Antonio Caselles se encogió de hombros y puso manos a la obra, actuando como si se tratara de salvar la vida a un herido, cuyo corazón estuviera latiendo. Esto no era una dificultad. La sangre no circulaba, no había hemorragia, y los injertos y cauterizaciones se realizaron con toda normalidad.

Al cabo de una hora de rápido trabajo, el cirujano jefe del equipo alzó las manos y se volvió a donde estaba esperando Laura.

—Listo, señorita Boix. Ahí está el cadáver. ¿Qué quiere que haga a más de esto? ¿Trato de reanimarle con el electroshock?

—¡Sí, hágalo, por favor!

Caselles indicó a uno de sus ayudantes. Y la operación auxiliar se realizó con toda exactitud, lográndose apreciar algunas líneas en el osciloscopio. Pero no se consiguió volver a poner en funcionamiento el corazón. La muerte parecía decisiva.

—Es inútil, señorita Boix. No podemos hacer nada más.

—Nosotros nos haremos cargo del cuerpo —dijo Laura—. Por favor, ¿quieren colocarlo sobre la camilla?

Dos auxiliares obedecieron. Cubrieron el cuerpo con una manta y Arturo empujó la camilla hacia el ascensor, seguido de Laura y Marta, cuyos semblantes no expresaban la menor emoción.

—Lo siento con toda el alma — murmuró Antonio Caselles, cuando pasaron ante él.

El cuerpo de Rama Phoebi, siguiendo las instrucciones dictadas por él mismo, fue conducido a una cámara aislada, en el sótano de la Torre, junto a los laboratorios químicos. Una vez allí, Arturo Lorente hizo funcionar la calefacción según lo ordenado por el difunto, y luego, utilizando una pinza de cristal esterilizado, tomó unos gránulos verdosos de un frasco que se guardaba en la cámara acorazada, en un armario especial, y los introdujo en la nariz de Rama.

Una vez hecho esto, Laura, Marta y Arturo abandonaron la cámara, donde la temperatura era ya casi insoportable, cerraron la puerta y se sentaron en una

salita, a esperar.

—Una hora justa — dijo Laura.

—¿Y qué ocurrirá?

—No lo sé. Pero debe volver a la vida. No puede dejarnos así, después de lo que hemos hecho.

—¡Yo hubiera muerto gustosamente por él! —exclamó Marta.

—Cualquiera de nosotros —corroboró Arturo—. Lo que ese hombre significa para toda la humanidad aún tardará años, tal vez siglos, en comprenderse. Creo, no obstante, que no puede haber muerto.

Fue la hora más larga en la vida de Laura Boix y sus compañeros. Durante aquel tiempo se descubrieron sus mutuos e íntimos secretos, confesando Marta cómo él la hizo renunciar para siempre a sus aspiraciones sexuales.

—Yo supe inmediatamente qué clase de hombre era —dijo Arturo Lorente—. Un sentido extraño me lo advirtió. No pertenecía a nuestra escuela... ¡Era infinitamente superior!

—Yo le amo como mujer —dijo Laura—. No te sorprendas, Marta. Él reveló los celos que había en mí. Sé que le amo. Sé que no

ha muerto y estoy preparada para todo lo que ocurra, que ha de ser increíble. No me importa. Ya me dijo cómo te trató. No fue un sacrificio. Estaba sorprendido. Nosotras no le hemos dado nada, mientras él nos lo ha dado todo — Laura se detuvo y miró el reloj eléctrico de pulsera—. Maravilloso individuo, genial en lo humano y lo espiritual. ¡Qué visión más profunda la suya!

—Estuve en el viejo laboratorio del monasterio de Manlieu —añadió Marta sin énfasis—. Había un hombre que le atendió durante veinte años... «Noi» Serra se llama, y fue él quien me contó la verdad sobre Rama. «És el millor de tots», me dijo en un tono que sólo es posible comprender oyéndolo. La experiencia de aquel campesino es grande. «El mejor de todos», repitió. No sé si con ello incluía también a los espíritus de los monjes que deben continuar habitando el monasterio.

»Vi su laboratorio, su biblioteca, sus instrumentos de alquimia y bebí un brebaje mágico que me dieron sus labios. Daría mi salvación por la suya.

Hubo una pausa. Arturo sirvió café a las dos mujeres. Luego continuaron los recuerdos, las anécdotas, los comentarios.

—Afuera siguen esperando. ¿Qué les hemos de decir? —preguntó Marta—. Hay millones de seres que aguardan para verle aparecer ante las cámaras. Han llegado informadores de todo el mundo. Joaquín no sabe cómo arreglárselas para contener a tanta gente. Y la avalancha humana continúa. El espacio aéreo ha tenido que ser cercado por el ejército o nos habrían aplastado bajo miles de aparatos volantes.

—No diremos nada hasta no recibir instrucciones de Rama.

—¿Nos hablará?

—Volverá a vivir, porque muchísima gente así lo quiere — dijo Laura convencida.

* * *

Cuándo entraron en la cámara, la temperatura había descendido.

Rama Phoebi, sonriendo, estaba sentado en una butaca de metal, envuelto en la sábana blanca.

—¡Oh, Rama! —exclamó Laura, corriendo hacia él para abrazarle.

—¡Eh, cuidado, que estoy convaleciente! ¡Hola,, cariño! ¿Qué tal, Marta?

—¡Gracias, Dios mío! — exclamó Arturo por su parte.

—¿Qué os pasa a los tres? ¿Habéis visto a un resucitado?

Laura sintió deseos de echarse a llorar, pero rió.

—Los médicos han dicho que estabas muerto, Rama.

—¿Y qué saben los médicos? Sin embargo, me alegro de que hayáis seguido mis instrucciones. Explicármelo todo sin omitir nada.

Laura inició el relato, desde el momento en que descendían del aerobús, en el cosmódromo de Sidney, hasta que le transportaron a la Torre de Hermes, donde el doctor Caselles y su equipo le operaron.

—Creo que algo se han dejado por hacer — se lamentó Rama—. Siento un malestar en el pecho que no me agrada. Espero que pase o tendré que tomar medicinas. ¿Y las autoridades?

—Aguardan nuestras noticias. Afuera hay más de un millón de personas.

—Sí, entiendo. Soy el ídolo y no lo deseaba — murmuró Rama tristemente —. Creo que ahora puedo confesaros la verdad. Siempre quise estar en segundo término. Así iniciamos este asunto. Laura tenía que ser la cabeza visible, aconsejada por mí.

«Pero las cosas se torcieron. Tuve que utilizar el «aleph» con el coronel Ramos Prado y sus oficiales. Eso fue una renuncia a mi anonimato. Hubiéramos perdido la partida si no hablo. Diez mil proyectiles lanzados sobre esta torre son mucho peor que un simple disparo de láser.

»No, amigos fieles; no os podía sacrificar. Después de todo, soy hombre.

»Pero ahora tengo la oportunidad que deseaba. Yo quería estar aquí abajo, Arturo... Contigo y los muchachos. Hay mucho que hacer aún, y un buen equipo, con tiempo, lograría resultados maravillosos.

»Por eso renuncié a la Primera Presidencia Mundial, cargo que también me hubiera permitido hacer mucho bien a los hombres. Pero hay individuos que lo desempeñarán mejor que yo. Max Hoffman, por ejemplo, es el gobernante ideal. Y nadie más que yo puede trabajar aquí.

»¿Por qué los alquimistas de la antigüedad tenían miedo de revelar sus secretos? ¿Lo sabéis? Tenían miedo. Conocían demasiado bien a la gente, al espíritu salvaje, egoísta y ambicioso de los monarcas.

»Yo he comprendido que ese miedo estaba justificado, pero tenía que correr el riesgo. Por eso me preparé más que mis antiguos maestros y descubrí cosas que ellos no sabían.

«¿Creéis que he muerto? ¡Ah, no; yo estaba inmunizado contra la muerte, como lo estoy contra la vida! ¡ Ingerí el elixir y no tenía

preocupación! Si mi cuerpo hubiera sido totalmente destruido, sin posibilidad alguna de reparación, mi esencia se habría introducido en el primer cadáver que hubiera encontrado y volvería por mis fueros.

—¿Podías hacer eso? —preguntó Laura aterrada.

—Sí. Pero no te asustes. Aun con otra envoltura, seguiría siendo el mismo y me habrías reconocido, porque sólo hay uno como yo en todo el cosmos.

»Sin embargo, no quiero volver a salir a la luz pública. Escuchadme bien. Para el mundo, he muerto.

—¿Y cómo lo hacemos creer?

—Necesitáis un cadáver más o menos como yo. Eso puede conseguirse fácilmente. Esta noche iréis a buscarlo a cualquier depósito. Tomáis el de alguien que no pueda ser reclamado. Hay millares todavía desgraciadamente.

»Ese infeliz recibirá las honras fúnebres que me destinen. No importa cómo sean, porque las estaré contemplando por televisión. Será divertido.

—¿Y luego? —preguntó Arturo.

—Trabajaremos aquí.

—¿Y no saldrás jamás al exterior?

—¿Para qué si os tengo a vosotros?

—¡Pero ese secreto puede descubrirse! —exclamó Marta.

—Si no me descubrís vosotros, ¿quién puede hacerlo? Aquí se trata de moldear mi semblante en el de un cadáver. Y de eso me encargo yo. Tengo líquidos que convierten un rostro en algo parecido a la arcilla. Seré modelista de mi propio semblante. Sólo necesitaré un espejo, porque no me conozco muy bien. — Rama sonrió —. Nadie sospechará nada. Y, si fuera necesario, puedo dejarme barba, teñirme el cabello, disfrazarme o hasta hacerme una cara diferente.

—Si lo quieres así — dijo Laura con acento de nostalgia.

—Sí, lo quiero así. Puede que eso te disguste, porque, en el fondo, tú hubieras querido la gloria del mundo a mi lado, ¿no es verdad, cariño?

—¿Por qué voy a mentirte, Rama? —replicó Laura con una triste sonrisa—. Pero no te preocupes. Tampoco es necesario, teniéndote a ti.

—Si fuera celosa te arañaría — ironizó Marta —. Vámonos, Arturo. Hemos de actuar de necrófilos. Dejemos que arreglen sus diferencias. Parecen novios vulgares.

—¿Y si alguno quiere verte? —preguntó Arturo.

—Ahora, no. Nadie puede entrar aquí. El secreto está entre nosotros. Rama Phoebi ha muerto para el mundo y debéis respetar mi voluntad.

Marta y Arturo salieron.

—Luego me traerás ropa, Laura. Parezco un resucitado. ¿Me hirieron en el pecho?

—Sí, aquí — dijo Laura, señalando la cicatriz cauterizada—. Se borrará.

—No importa. Hubieran podido destrozarme. ¿Sabes quién lo hizo?

—Un agente de Orden Público australiano. Parece que estaba enajenado, drogado o hipnotizado. Fue detenido en el acto y está siendo interrogado.

—Que no le ejecuten, ¿eh?

—Intercederé — prometió Laura.

Él le tomó la mano.

—¿Sabes la tarea que nos aguarda durante los próximos mil años, Laura?

—¿Mil años?

—Sí. Todo ese tiempo podemos vivir. Pero no te asustes, que el tiempo es una ilusión. Veremos desaparecer la gente y llegar otra nueva… ¿Quieres tener hijos?

—Sí.

—Yo también… Haremos un pasadizo que comunique con un edificio particular, lejos de aquí. Nos organizaremos, querida… ¡Te quiero!

Capítulo X

La Gran Obra filosófica de Rama Phoebi fue un éxito total y absoluto. Después de su «muerte» se continuó, adquiriendo carácter de doctrina, y más cuando sus enunciados vieron la confirmación científica.

El Sol fue visitado por una nave espacial tripulada y resultó ser un inmenso mundo, altamente magnetizado, en donde el organismo humano no sufría alteración alguna. La luz de sus radiaciones no era tan intensa-bajo la «capa magnética» que sobre ella.

Un sencillo catalizador electrolítico, casi un juego de niños, empezó a producir agua en la superficie de la Luna, y el resultado fue formidable. Todo lo que era estéril se convirtió en fértil, y la vida vegetal afloró como por arte de magia.

Marte, que había estado habitado varios ciclos estelares atrás, y abandonado por sus moradores que, a pesar de sus grandes máquinas estelares no podían recuperar lo que creían muerto, también fue revitalizado, poblado y se convirtió en mundo de seres humanos de corta talla —un metro cincuenta, aproximadamente —, que se aclimataron fácilmente al terreno.

Y Venus, que era el planeta sucesor de la Tierra, agitado por convulsiones sísmicas, con elevadas alteraciones de temperatura, hubo de ser convertido en reserva avanzada, porque las colonias allí establecidas sufrían numerosas calamidades.

Pero esto no fue impedimento para que la audacia del hombre conquistara sus profundos valles y sus elevadas cumbres, y se instalaran condensadores de tensión atmosférica que aliviaron extraordinariamente la meteorología inhóspita de aquel mundo de animales prehistóricos.

Tal y como Rama Phoebi había predicho, la conquista del espacio se intensificó durante todo el siglo XXI y XXII. Pero los descubrimientos de la ciencia no fueron menos espectaculares.

Se logró enviar la energía eléctrica por medio de ondas, suprimiéndose millones de kilómetros de tendido de cobre, material éste que se empleó para otras necesidades, una vez regenerado.

Un simple catalizador doméstico, instalado en todas las

viviendas, permitía obtener agua del «aire», a un precio módico.

Toda la energía, tanto automotriz como térmica, se obtuvo del átomo. Así, se pusieron en funcionamiento ¡as pequeñas pilas atómicas, y los vehículos a motor, tan desprestigiados siglos atrás, recobraron su esplendor perdido.

Pero la Tierra no se superpobló, sino que ocurrió un fenómeno opuesto, aunque se rebasaron los veinte mil millones de seres, y los treinta mil millones.

El mar fue explorado. Surgieron las megópolis submarinas, templadas, de atmósfera renovada y pura. Se canalizó la hidrografía, al recobrarse el curso natural de los ríos que los diques y las presas habían contenido durante algunos siglos.

Y la cultura arraigó en los pueblos.

Con un solo gobierno mundial, representado por todos los pueblos, la política dejó de ser semillero de rencillas, conspiraciones y odios. El ejército se hizo aéreo y pionero de la conquista del cosmos, aumentando sus fuerzas, en vez de disminuirlas.

Y se reconoció la máxima e indiscutible autoridad del Papa en materia religiosa, lográndose, a mediados del siglo XXI la unión de las iglesias, que fue un acontecimiento memorable.

El hombre no había perdido su religiosidad, sino que el escepticismo incitó a la indiferencia, más por complot racial y político que por reflexión natural. El hombre cobró consciencia de su propio espíritu y volvió a la oración, como vehículo de comunicación espiritual que, según Rama Phoebi, le acercaría paulatinamente a la Verdad Suprema.

A todo esto contribuyó grandemente el estudio de las ciencias llamadas metafísicas y parapsicológicas, a las que se dedicaron infinidad de hombres.

Se descubrió, por ejemplo, el poder mental, las fuerzas de la levitación, de la telequinesis y de la telepatía. Pero se hallaron nuevos fenómenos que antes ni siquiera se habían sospechado.

No se llegaría jamás al principio mismo de las cosas. Esto estaba en el Más Allá. Y se desistió de la teoría materialista antigua de las fórmulas matemáticas, que tanto daño causaron al progreso.

Los sabios habían tratado siempre de reducirlo todo a fórmulas simples. Pero dentro del área matemática, esto era posible, mientras que en el orden metafísico era necesario emplear otras matemáticas que los científicos no conocían.

La filosofía alquímica contribuyó mucho a revelar todos estos misterios, aclarando que la ciencia del universo era única, pero el hombre se había visto obligado a estudiarlas por separado al no

poder abarcar, en su principio, todo lo que parecía carecer de relación entre sí, como podía ser la medicina y la metalurgia.

El error no podía ser mayor. Desvirtuado esto e iniciado un nuevo esquema general, se comprobó que muchos fenómenos inexplicables hasta entonces, tenían una explicación razonable.

Desaparecieron también las sectas contestatarias. Los «Inconformistas Euroasiáticos» carecían de razón de ser en un mundo donde los principios básicos y sociales se habían modificado.

En cuanto a la tan discutida ciencia forense y legal, se vio paulatinamente una vuelta a los orígenes del derecho natural que no sorprendió a nadie, puesto que los litigios entre personas dejaron de existir al haber más humanidad y comprensión, y un diálogo abierto y sincero, ante la presencia de un psiquíatra o un telépata, era mucho más efectivo que un juez.

Dios, en su divina bondad, compensó largamente a los hombres cuando éstos se volvieron humanos. Era lógico.

Pero ¿y qué fue de Rama Phoebi?

* * *

En la isla emergida de Santa María, al sur de Menorca, sobre una colina rodeada de frondosos árboles y verde y maravilloso césped, se alzaba un singular edificio de estilo gótico.

Había un embarcadero, un hangar para dos naves aéreas, y caminos rodeados de flores, glorietas, esculturas simbólicas y hasta grutas de suave luz, con pequeños lagos subterráneos, a los que se podía llegar incluso desde la casa.

La isla de Santa María era propiedad de Rama Phoebi, que ahora se hacía llamar Simón Torres.

Rama Phoebi permaneció oculto en el sótano de la Torre de Kermes, en compañía de Laura Boix, Arturo Lorente y algunos amigos fieles e íntimos, durante algunos años.

Desde allí presenció el fastuoso funeral que se le hizo a su falso cadáver, siendo testigo de un duelo universal impresionante, que le hizo recobrar su fe en la humanidad. Hubo gente que trató de matarse en señal de desesperación. Pero el Orden Público actuó con efectividad y las consecuencias fueron leves.

Se erigió un monumento principal, en la sede del gobierno mundial para perpetuar su eterna memoria. Pero, además, copias idénticas de aquella estatua, en oro filosófico, se erigieron en todas las poblaciones del mundo.

Gracias a Rama Phoebi, el oro se obtenía de un simple montón de barro. Pero el sentido era simbólico, más que de importancia

económica.

Rama y Laura se casaron en los sótanos de la Torre de Hermes. Arturo Lorente fue a Roma y obtuvo una licencia especial, previa confesión privada al Papa, y el otorgamiento secreto llegó en sobre lacrado, con las bendiciones papales.

Primero, salía de vez en cuando, tomando un ascensor secreto y una nave aérea. Luego, se instalaron en la isla de Santa María. Fue cuando nació Jesús, el hijo de Rama y Laura.

Pero también la obra gótica de aquella isla providencial, como regalo del cielo, contenía un magnífico y moderno laboratorio de alquimia. Laura se había convertido en una excelente adepta, gracias a la ayuda de Rama, quien la iluminó, mostrándole sus secretos.

Así transcurrieron algunos años. ,

Un día, Arturo Lorente, Raúl Fuentes, Marta Noguera, Matilde Galcerán, Joaquín Aiguaviva y Antonio Rovira, fueron invitados a la isla. La alegría que recibieron todos los que no estaban en el secreto de la existencia de Rama, fue indescriptible.

Era una fiesta de cumpleaños. Habían pasado diez años desde que se conocieron. Rama quería hacerles un regalo, que les mostró después de la comida.

—Éste es el elixir de la longevidad, amigos míos. No quiero que me dejéis en la labor emprendida, poseyendo yo el medio de prolongar vuestras existencias.

Algunos no daban crédito a lo que oían. Otros, conocedores del secreto, como Marta y Arturo, sonreían. Hacía tiempo que esperaban aquella revelación y obsequio.

—¿Qué significa esto, Rama? —preguntó Aiguaviva.

—Díselo, «Noi» —replicó Rama, volviéndose al viejo, pero erguido labrador de Manlleu, que ahora vivía con ellos en la isla.

—Ah, xiquets, aixó si que és bol Mireu, mireu! — «Noi» Serra hinchó el pecho—. Tengo noventa y no sé cuantos «anys». ¿Qué más queréis? Jesús me llama Matusalén.

Hubieron sonrisas festivas.

—«Noi» vivirá quinientos años más. Pero se puso muy malo cuando tomó el elixir. A vosotros no os ocurrirá. Ha sido modificado ligeramente. Se os caerá el cabello, los dientes, las uñas y, paulatinamente, iréis cambiando la piel. En un año no quedará nada más que vuestra memoria. Pero no tendréis apetito, ni necesitaréis comer, aunque podéis hacerlo, porque las funciones fisiológicas no se suprimen.

Rama Phoebi mostraba a sus amigos un pequeño frasco que

contenía un líquido azafranado.

—Laura, «Noi» y yo lo hemos tomado ya —continuó diciendo Rama —. No hay peligro, pues, de reacciones imprevistas. A mi hijo se lo daré cuando sea mayor de edad.

—¿Has pensado en que nos convertimos en una casta diferente? — preguntó Joaquín Aiguaviva.

—Sí — replicó Rama —. Y te contestaré diciendo que no hay razón alguna para que el resto de la humanidad no viva tanto tiempo como nosotros.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Marta.

—Es muy sencillo. La máquina humana está sometida a una serie de desgastes por las condiciones en que vivimos. El sufrimiento, el cansancio, la irracional alimentación, los abusos y los estimulantes innecesarios, han ido mermando paulatinamente el período vital del hombre.

»Me consta, porque lo he podido estudiar en viejos textos, que hace muchos años, posiblemente en otro planeta, nuestros antepasados vivían diez veces más que ahora. Se hacía también una vida más sana.

»Con este elixir, nosotros vamos a tomar una vacuna contra el desgaste y el agotamiento. Pero viviendo más que los demás, no permitiremos que nadie muera, si podemos evitarlo.

«Indudablemente, no poseo elixir para toda la humanidad. Pero aunque lo tuviera, no lo podría repartir. Con vosotros es distinto. Os conozco bien y sé que haréis buen uso de vuestras vidas.

»El resto de la humanidad habrá de aprender a vivir más. Nosotros debemos enseñarles el modo de hacerlo, y eso es elemental. No hay que comer más de lo necesario, ni beber sin sed. Se dormirá lo suficiente y se trabajará lo preciso.

«Todos esos principios, cumplidos fielmente, obrarán el mismo resultado que este elixir.

—Si no lo tomo, ¿voy a vivir como vosotros, en el supuesto que haga esa vida sana que dices? —preguntó Raúl Fuentes.

—No. Tú ya has pasado muchas privaciones. Me estoy refiriendo a las personas que, desde el nacimiento, se comportan como corresponde. Pero eso no impide que la muerte llegue por medios imprevistos.

«Habéis de pensar que morir es tan natural como vivir. Pero la vida no nos pertenece. Nosotros no somos más que huéspedes en un hotel llamado Universo.

«Llegamos de un viaje eterno y nos detenemos a reflexionar. El viaje continuará después de abandonar el hotel. Pero, del mismo

modo que antes de llegar, que no sabemos de dónde venimos, tampoco sabemos a dónde vamos.

«Esto es muy importante, amigos míos. El hombre se perpetúa de acuerdo con unas leyes químicas. Hay reserva natural de hombres para toda la eternidad, por infinito que sea el universo.

«El hombre no es rey de la creación, sino un agente más, como las plantas, los animales, las piedras. Si nosotros sabemos cómo se transforma todo, modificándose de acuerdo con las necesidades físicas o las condiciones ambientales, el hombre se modifica también. Pero no es apreciable, a simple vista, porque son precisos millones de siglos para notar las mutaciones que se producen.

»¿Quién sabe si nuestros antiguos antepasados tenían la piel cubierta de pelo, como los monos, o si llevábamos rabo? Todo eso no está descartado, aunque Darwin se equivocara en la edad de los primates.

»La rama humana tiene un destino superior que cumplir. ¿Cuál? ¡Ah, eso sólo Dios lo sabe! Nosotros sólo podemos aceptar sus mandatos, que nos vienen escritos desde la más remota antigüedad. Tratar de ignorarlas es causarnos daño a nosotros mismos intencionadamente.

«Nosotros tenemos un camino a seguir, que está claro. Seguir trabajando, cada cual en lo suyo, perfeccionarnos, superar la oscuridad y la ignorancia. Y lo que no se logre ahora, lo lograrán nuestros descendientes.

Reinaba un grave silencio entre los reunidos. Todos miraban a Rama Phoebi como si se tratara de un iluminado. ¿Acaso no lo era?

—Tú nos has indicado el camino, maestro —musitó Arturo Lorente —. Nosotros lo seguiremos. Se hará tu voluntad, porque ello es la voluntad de Dios.

—Gracias, Arturo. Pero no debéis idealizarme, y menos divinizarme, porque yo no soy el hijo de Dios, sino el hijo del hombre, como vosotros.

Matilde Galcerán aprovechó aquellas palabras para preguntar:

—¿Fue Cristo hijo de Dios?

Rama se volvió y miró a la mujer, sonriendo.

—Todos somos hijos de Dios, Matilde. Cristo está en nosotros y nosotros en él. La única diferencia entre él y nosotros está en el tiempo. Pero la situación es la misma.

«Alguien tiene que enseñar al que no sabe. Nosotros debemos hacer recordar lo que se ha olvidado.

—¡Dame una copa de elixir, Rama! — exclamó Antonio Rovira —. ¿Es bueno?

—No tiene sabor a nada. Pero es bueno.

En una cucharita de oro, Rama fue repartiendo unas gotas del elixir. Todos lo tomaron con expresión de respeto. Marta, incluso, cerró los ojos.

Al terminar, Rama guardó el frasco en un armario

y dijo:

—Amigos míos, os he dado todo lo que está a mi alcance. Lo demás debéis dároslo vosotros mismos..

—¿Me pondré enferma? —preguntó Marta.

—Sólo notarás un poco de fiebre. Renovarás el cabello, las uñas y los dientes.

—¡Oh!

—Es como si volvieras a la infancia. Sólo me queda rogaros el máximo secreto acerca de esto.

—¿Sabremos alguna vez cómo se obtiene el elixir? — preguntó Arturo.

—Sí, por supuesto. Es la labor de muchos años de investigación y estudio. Todo cuanto yo sé está al alcance de cualquiera. Lo único que debe hacerse es estudiar. Las fórmulas que me dejó mi padre estaban incompletas. Nadie hubiera logrado nada con ellas, de no dedicar toda su atención y voluntad.

»Al principio, uno se desespera, anda a ciegas, desorientado. Es un momento difícil ése, puesto que cunde el desánimo y hay instantes en que se piensa en renunciar.

»Yo sabía que era preciso continuar adelante. Eso hice. La oscuridad pasó, llegó la luz.

»La vida es así. No debemos nunca dejarnos llevar por la depresión, porque son trampas que nos tiende la razón. Si somos débiles y nos abandonamos, todo se pierde. Pero si insistimos, todo se gana.

»No hay más que eso.

—Tú tenías algo para empezar —observó Raúl—. ¿Y los que no lo tienen?

—Te repito que las fórmulas están escritas en toda la obra de Dios, en la tierra, en el cielo, en los árboles y en los animales. Hay que verlas. ¿Para qué deseamos algo que no vemos?

»Uno se pregunta tarde o temprano quién es y lo que hace en este mundo. Todos hemos pensado eso. Bien, hay que hallar la respuesta. Entonces se busca, se piensa y se insiste.

—Comprendo —admitió Raúl—. Todos somos iguales.

—Exacto. Pero individualmente distintos, porque yo no soy tú. Pero las preguntas que yo me hago te las puedes hacer tú también.

Eso es todo, amigos míos. Reflexionad en lo que os he dicho y tratad de seguir mis enseñanzas. La luz se os dará.

»¿Y qué os parece si nos dejamos ahora de cosas serias y continuamos la fiesta? ¿Quién quiere bailar?

No hubo inmediata reacción. Todos los reunidos estaban demasiado preocupados por las palabras que habían escuchado del maestro que ahora se hacía llamar Simón Torres, el hombre que no buscaba la gloria, sino el bienestar y la felicidad de los hombres.

—¿Salimos a dar un paseo, Laura?

—Sí, esposo mío —contestó ella, levantándose y tomando del brazo a Rama—. Veo que están todos un poco apagados.

—¡Eh, «Noi», ponga usted música! —pidió Marta —. ¿Bailamos, Arturo?

Laura y Rama salieron lentamente, deteniéndose en la terraza y contemplando el mar.

—Me siento muy orgullosa de ti, Rama.

—¿Por qué dices eso, Laura? —preguntó él, volviéndose a mirar a su mujer.

—¡Porque te quiero con toda mi alma!

—¡Oh, vida mía! Yo ignoraba que la mujer es el complemento del hombre. Sin uno de los dos, no habría continuidad.

—No, por supuesto —admitió ella, riendo y abrazándole.

FIN